Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO.—LA PUBLICACION DE MAYOR TIRADA EN AMERICA DEL SUR

Año IV.—Núm. 176 | Buenos Aires, miércoles, 20 de mayo de 1914 | 10 ctvs. en toda la República

LA AVIACION EN LA ARGENTINA



Fot. Fernández para "Mundo Argentino"

Srta. AMALIA C. FIGUEREA, la primera aviadora argentina, discípula de la escuela de aviación de San Fernando

LOS REYES DE INGLATERRA EN PARIS



Jorge V acompañado por el presidente de la república francesa, Raymond Poincaré, a su llegada a París



El coche real al atravesar la plaza de la Concordia.— En ángulo: la reina inglesa y madame Poincaré

LA REVOLUCION MEJICANA



Admiradoras de Pancho Villa que forman en el ejército revolucionario un cuerpo de valientes amazonas



Entierro de varios cadáveres en cal viva



El día después de una batalla: un fusilado

EL CONVENIO POLITICO DE ABBAZIA



El ministro de relaciones exteriores de Italia, marqués de San Giuliano, al recibir al conde Berthold en la estación de Abbazia

ESCENAS EXOTICAS



Embarcación circular usada por los asirios, para cruzar los ríos, centenares de años antes de Jesucristo

Mundo Argentino

Semanario popular ilustrado.—La publicación de mayor tirada en la América del Sur



Aparece los miércoles
Editado por la Empresa Haynes
Chacabuco, 677 y 685
Unión Telefónica, 1472, Avenida

Precio del ejemplar al público en todo el país: 10 centavos.
Precio de la subscripción anual: $ 5 m/n. en toda la república y $ 3 oro en el extranjero.
Agente exclusivo para la venta en la República Oriental del Uruguay: Martín J. Vega, Zabala, 1488, Montevideo.

Venta en París, en los kioskos de los boulevares y en la Librairie Française et Etrangère, 37, rue Saint Augustin (Avenue de l'Opera).

Avisos: Agentes en Paris, L. Mayence y Cía., 9, rue Tronchet. — En Londres: South American Press Ltd., 1, Arundel St. Strand. — En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St. New York.

Los reporters y fotógrafos de la capital se hallan munidos de una credencial en forma, la cual debe exigirse en todos los casos.

No se devuelve los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos. Unicamente y sin ninguna excepción, nos pronunciamos en la forma tácita que implica la aceptación o el rechazo del trabajo.

AÑO IV. N.º 176.—Buenos Aires, mayo 20, 1914

1810  1914

LA SEMANA

Acojemos con viva satisfacción las conclusiones del primer congreso penitenciario nacional, cuya labor es bien digna de aplauso.

No hubiera hecho este congreso más que fijar la atención de los poderes públicos en las deficiencias del código penal y de los establecimientos carcelarios, y habríase conquistado la simpatía popular. Pero también ha señalado con acierto algunos medios para mejorar la legislación y el régimen penales, y sentimos la alegría de ver, en lo fundamental, compartidas y ratificadas, por tan alta autoridad, las opiniones que a este respecto sustentamos.

Esperamos ahora, que la reforma sea realizada en todas sus fases; pero, entretanto, sin más tardanza, el poder ejecutivo de la nación y el de las provincias pueden mejorar, por iniciativa propia, la situación de los recluídos.

Para ello, no es necesario más ley que la de la piedad, ni otras normas que las del simple buen sentido.

Los establecimientos carcelarios de la república se hallan todavía regidos por las pasiones de seres vengativos y duros, enterrados bajo siglos de progreso.

La cárcel no se abre al delincuente como un asilo de regeneración, dulcificado por el razonamiento superior, que lleva a la comprensión del origen de las cosas.

La cárcel es el odio concentrado. La cárcel es la ferocidad reglamentada.

Fué la falta de amor que engendró el crimen, y la falta de amor ha hecho estas cárceles.

Ante estos cementerios de cuerpos y almas, tentada está la piedad de pronunciarse por la pena de muerte. Porque esta pena, representa el asesinato de un golpe, y la reclusión en las actuales gusaneras es el asesinato a largo plazo, refinadamente inicuo, que hace morir con lentitud perversa, músculo por músculo, nervio por nervio, órgano por órgano, volición por volición.

Anden, después, por el mundo, o vayan al camposanto, muertos son cuantos quedan un tiempo en estas cárceles.

¿Y qué diremos de aquellos muchachitos que la autoridad se encarga de envilecer y prostituir proporcionándoles en el calabozo la compañía y la enseñanza de adultos maestros en la crápula?

Por miseria fisiológica o moral cae el ser en la prisión; y la prisión agranda su miseria.

No hay en la tierra seres más necesitados que los que llenan las heladas celdas y los inmundos calabozos, ¿y la limosna es de odio? Y a su brutalidad o su vicio; ¿se opone el vicio de la brutalidad?

Aflígese cualquiera de la prisión del deudo, porque no es posible concebir, en la piedra, la oscuridad y el ocio, redención posible. ¡Cuántos hermanos y hermanas, cuántos padres y madres, cuántos hijos, chicos aún, tenemos en las cárceles! ¿Y no nos ha de doler? Carne de nuestra carne ha de llenarlas mañana, ¿y no nos hemos de afligir?

¿Quién negará que el hombre necesita del contacto con la naturaleza para purificarse?

¿Quién negará que la agricultura mejora el corazón y que el mejor corazón es el que late más cerca de la tierra y oye el sermón de dulzura de los árboles?

¿Quién negará que es el sol el cauterio de nuestra podredumbre?

¿Quién negará que los sepulcros sin flores, los talleres nocivos, el aire sucio de nuestras prisiones, envenenan la sangre y el espíritu?

¿Quién negará que una alimentación benigna,—no carnívora—corregiría la impulsividad y la misantropía de los desdichados locos que llenan los presidios?

¿Quién negará que es un horrendo crimen sepultar vivas las mujeres y los niños como hoy son sepultados?...

¿Quién, en fin, negará que el malo, por la higiene, por el trabajo y el amor, tórnase bueno, y que la actual dureza no hace más que endurecer el corazón del culpable? ¿No es también por la higiene, por el trabajo y el amor que son buenos los hombres que están libres?

En el gran día de nuestra América, llegue un rayo del sol libertador, una palabra de amor y de misericordia hasta los hermanos irredentos, los de siniestro mirar, los que lagrimean de frío, los que deliran o sueñan, sepultados en vida, bajo piedra y sombra, en nuestras míseras cárceles.

CONSTANCIO C. VIGIL.

TERCER CENSO NACIONAL

1.º de junio de 1914

Exhortamos al pueblo de la república a colaborar en la obra patriótica que se llevará a cabo el 1.º de junio en el país, destinada a mostrar, a propios y a extraños, la importancia económica y social, en todas sus manifestaciones que ha adquirido la nación desde la fecha de la última operación censal, en 1895.

AUTORIDADES PREVISORAS

En Nueva York, la administración comunal ha tomado la decisión de hacer visitar cada mes, por encargados especiales del cuerpo de bomberos, los grandes almacenes y depósitos en los que con más frecuencia se producen los mayores incendios. Los bomberos deben vigilar el estado y la conservación de los aparatos de seguridad.

¿CONOCE USTED BIEN SU PUEBLO?

Del pueblo donde tiene usted radicado su hogar:

¿Sabe usted cómo allí se vive y se gobierna?

¿En qué se invierte las sumas recaudadas por el fisco?

¿Sabe usted cuánto vale el suelo del municipio, hoy y hace diez años?

¿Está usted satisfecho con el adelanto y las obras de progreso de su pueblo?

Toda colectividad que trabaja, produce un valor social.

Ese valor, que es fácilmente calculable en su pueblo de usted, ¿es aprovechado por la colectividad que lo ha creado, o se deja explotar por particulares, en perjuicio de los derechos y bien comunes?

Es deber suyo conocer esas cosas de la vida de su pueblo.

Si usted tiene interés en conocerlas debe usted ponerse en comunicación con la Liga Argentina para el Impuesto Unico, casilla correo 1129, Buenos Aires, en la seguridad de su cooperación activa, experimentada e inmediata.

Quien demuestra ser buen ciudadano en su pueblo, por chico que éste sea, ya se halla habilitado para servir bien al pueblo grande, o sea a la patria.

GUERRA AL ALCOHOLISMO

El alcoholismo se ha combatido en Chile con una tenacidad sorprendente. Hasta hace años se presentaba a aquel país, como un país de beodos. Pero las campañas que han tenido a su cargo los jueces del crimen y la institución policial, secundando al Congreso, han modificado ese juicio adverso. Hoy en día es raro ver a un chileno «curado» en la vía pública. Se le mira como a algo incomprensible.

Las 3/5 partes de los condenados en Wurtemberg por crímenes alcohólicos son individuos que se emborracharon en domingo. Se trata en estos casos de una desviación ocasional hacia la criminalidad, originada por el abuso del alcohol.

«Mundo Argentino» recurre a la hombría de bien del comercio minorista invitándolo a realizar esta gran obra de humanitarismo, que le resultará, en definitiva, provechosa: **Que el almacén de comestibles sea completamente separado de la taberna. Que no haya tabernas en los almacenes.**

PIDIENDO JUSTICIA

El señor G. B. Márquez ha elevado una carta-abierta al señor ministro del interior respecto al 4.º distrito (Rosario) de correos y telégrafos.

En esa carta se dice lo siguiente:

«En esta administración, señor ministro, reina el terror, la barbarie y el desquicio más completos».

En dicha carta se relatan concretos.

Espérase conocer la resolución del señor ministro del interior.

IMPUESTO ÚNICO

«Balanza Comercial», órgano defensor del «Centro Almaceneros Minoristas y Anexos», contiene un excelente artículo titulado «Impuesto Unico». Fundándose en la agitación contra la nueva ley del estampillado, la revista dice:

«Entendemos que el comercio no debe concertar su acción a la protesta. La nueva ley es consecuencia lógica del ya anticuado sistema tributario, y poco se logrará si al combatir los efectos no se estudian las causas.

Para que la humanidad siga en todo orden su desenvolvimiento progresivo, es indispensable la transformación del sistema tributario por las ideas que desarrolló el gran reformador Henry George.

El comercio, la industria, el capitalista, y, en general, todo el pueblo productor, es el llamado a abolir los impuestos actuales que solo libran de su pesada carga al que se enriquece a expensas del esfuerzo de sus semejantes.»

LA CAUSA EDUCACIONAL

Consideramos ganada la batalla y damos la enhorabuena a la nación.

Contra las inconcebibles resistencias del poder ejecutivo, el triunfo es para la buena causa: el consejo nacional de educación caerá y ha de venir la reorganización escolar, amplia y completa.

La actitud del doctor Arata, al negarse a tratar como al más vulgar de los asalariados a los dignos maestros que firmaron la nota de protesta, evidencia lo que siempre hemos pensado: que el doctor Arata es lo más sano que había en la corporación difunta, así como el doctor Moreno es el principal responsable de las irregularidades.

Escribimos estas líneas cuando el ejecutivo vacila todavía; pero estamos bien seguros de que el Consejo actual no seguirá en su obra demoledora, pues en última instancia tenemos ya asegurado, con el patriótico concurso de los diputados Palacios y Araya, la intervención de las cámaras.

Nuestros parabienes al magisterio y al país.

RECOMENDAMOS...

A los concurrentes a los cines: que no lean en alta voz las leyendas que aparecen en el film.

LA OPINIÓN OFICIAL

En la inauguración del Congreso Penitenciario el doctor Rodolfo Rivarola, representante del gobierno nacional, hizo las gravísimas declaraciones que encierran estas palabras:

«La generalidad de las cárceles y demás sitios de reclusión y especialmente de detención, son antros repugnantes de podredumbre física y moral, que suscita periódicamente el clamor de magistrados, que por razón de sus funciones deben contemplarlos.»

Debemos, pues, confiar en la rápida y decisiva intervención del gobierno nacional para que las cárceles de la república sean humanizadas.

EL PRESIDENTE DE LA CONTADURÍA NACIONAL

De «La Nación»:

«Aunque entrado a la gloria, por la puerta del servicio y sólo por el espacio de un interinato, el funcionario en cuestión no dejó por eso de sentirse en posesión de su papel...

«Su figura había permanecido durante la efectividad del doctor Piñero en el limbo de la burocracia; correcto e ignorado, ese funcionario había ejercido con tibieza las modestas y obscuras virtudes oficinescas, esperando como Napoleón en la adolescencia su momento de salida a la escena pública.»

De «La Mañana»:

«El gobierno de Buenos Aires, por intermedio de su ministro de hacienda, ofreció al actual presidente de la contaduría nacional, señor Brivio, el cargo de contador de la provincia de Buenos Aires.

«La inteligente laboriosidad del señor Brivio, uno de los funcionarios más estimables de la administración nacional, por su cultura y preparación, hacían de su nombramiento un acto digno de aplauso. Pero el señor Brivio, grato a la distinción, la declinó.»

He aquí dos criterios radicalmente opuestos.

¿Cuál de ellos es de justicia?

Para «La Nación» el señor Brivio, que ha entrado a la contaduría por la puerta de servicio, merece ser zaherido y ridiculizado.

Ahora bien, el señor Brivio ha entrado por la ancha y honrosa puerta del trabajo y la honradez sin tacha, después de una larga e irreprochable vida de labor, que se iniciara en la misma contaduría nacional, a los 16 años de edad...

Creemos que cumplimos nuestro deber al dejar establecida la verdad, en salvaguarda de un digno funcionario, cuyo único delito es el de defender con energía los caudales públicos.

GRÁFICA PROPORCIONAL



Existencia ganadera en el país, según los últimos datos de la Dirección general de economía rural y estadística del ministerio de Agricultura:

Lanar	80.401.486
Vacuno	28.768.168
Yeguarizo	8.894.031
Cabrío	4.301.955
Porcino	2.900.000
Mular y asnal	853.128

LA PAJA EN EL OJO AJENO

Leemos en un periódico el siguiente relato: «Un intelectual se vió obligado a pasar algunos días en una pequeña ciudad para atender a asuntos de familia.

Durante sus ratos de ocio, echaba de menos la compañía de personas cultas con quienes departir.

Una tarde, paseaba solo y aburrido, cuando distinguió un grupo de jóvenes detenidos junto a la acera. Uno de ellos repitió con énfasis, tres veces seguidas, el nombre del poeta agraciado con el premio Nobel:

—¡Rabindranath Tagore! ¡Rabindranath Tagore! ¡Rabindranath Tagore!

El paseante se dirigió rápidamente hacia el grupo.

—Ustedes perdonen,—exclamó—pero soy forastero, no tengo aquí amistades, y, como aficionado a la literatura, he sentido una gran alegría al encontrar personas que comparten esa afición...

—No comprendemos... Nosotros no sabemos nada de literatura...—fué la respuesta de uno de los jóvenes.

—Sin embargo, uno de ustedes ha nombrado tres veces a Rabindranath...

—¡Ah, sí!—repuso el aludido,—lo he hecho por vía de ejercicio lingüístico, porque ¡mire usted que es difícil pronunciarlo!

—Bien—argumentó el intelectual;—pero no me negará usted que el hecho de conocer a ese poeta...

—¿Poeta? ¡Pues si yo creía que era el nombre de alguna «nueva enfermedad!»

Aparte la mucha o poca gracia que para cada cual encierre esa ingenua salida, lo curioso del hecho es el hallarse consignada en un diario berlinés, que lo atribuye a naturales del país.

¡Y miren que hablar un alemán de dificultades de pronunciación!

SARMIENTO Y CUITIÑO

A su vuelta de Europa, en 1848 y antes de emprender su campaña decisiva contra Rosas en la prensa, Sarmiento dió cita a su hija y a sus hermanas para que partiendo, ellas de San Juan, y él de Los Andes, se reuniesen un día en el Puente del Inca.

Todo se cumplió a pedir de boca, salvándose el peligro de muerte que corría tan empedernido «salvaje unitario», por lo desierto del paraje y por lo atrevido de la empresa. El día pasó en sentidas expansiones del corazón. En el camino se había cruzado Sarmiento con una partida de soldados colorados. «Detuvimos el paso y creo que el aliento—dice—; compuse la montura; trazas del viajero o del militar mañero para ganar tiempo, no poco desagradado de tan inopinado encuentro».

A una observación de su compañero contestó: «Vea usted, no hay más camino practicable que esta única senda, y aquí es lo mismo uno que seis, y yo conozco a estos bárbaros; son de lanza!»

En la noche, bajo el Puente del Inca, cuando los excursionistas dormían, vino a hospedarse un viajero de distinción, dada su escolta, el cual se puso en camino a la frontera chilena antes del alba y sin entablar relación alguna con los huéspedes anteriores.

El compañero inopinado era Cuitiño, según se cercioró ese día Sarmiento, quien exclamó: «Nada sucedió, sin embargo, por estar en desacuerdo los relojes de la Providencia y el Destino, que se disputan el gobierno del mundo».

LAS CALLES DE BUENOS AIRES

Benito Juárez.—Estadista.—Nació en el estado de Oajaca, Méjico, el 21 de marzo de 1806. Era descendiente de indios de pura raza, y aunque sumamente pobre, logró a fuerza de sacrificios, graduarse de abogado en 1833. Ya en 1831, había sido electo regidor del Ayuntamiento y un año después diputado a la legislatura, tomando desde entonces una activa participación en la política. En 1844, es nombrado juez civil y de hacienda, cargo que desempeñó tres años, siendo llamado a la secretaría del gobierno por el general León, en 1845. Después de diversas vicisitudes, es electo gobernador de su estado natal, en 1847, siendo reelecto hasta 1852. Tres años después, es nombrado ministro de justicia y sucesivamente gobernador, ministro, presidente de la Suprema Corte y presidente de la república, en enero de 1858, sosteniendo una sangrienta guerra civil y, luego la de la independencia nacional, al invadir el país las tropas napoleónicas, desempeñando por segunda vez el poder supremo, y por tercera y cuarta vez, en 1867 y 1872, respectivamente.

Este esforzado patriota murió en Méjico el 18 de julio de 1872.

EL LOCO GIMNASTA

En el manicomio de San Julián, de Bruselas, se ha desarrollado una escena que resultaría cómica, si no se tratase de un desgraciado demente.

Uno de los recluidos logró hacerse con una cuerda, uno de cuyos cabos sujetó dentro de su celda. El resto de la cuerda lo dejó caer en el espacio, por la ventana, y por ella se deslizó pared abajo hasta poner pie en la parte superior de una tapia de 25 metros de altura, y que rodea el jardín del establecimiento.

El pobre loco corrió por el estrecho tejadillo que corona la tapia, y como el vigilante advirtiese la fuga y diese la voz de alarma, se sentó tranquilamente en el borde, invitando a sus guardianes a que fuesen a agarrarlo, haciendo los equilibrios que él había hecho.

Como esto era arriesgadísimo, se llamó al Cuerpo de bomberos, y se dispusieron a escalar el muro armando las escalas; pero el loco, al ver este aparato, empezó a correr de un lado a otro sobre el tejadillo, mientras la gente que presenciaba la escena daba gritos de horror, temiendo que el enfermo perdiese el equilibrio y se estrellase contra el suelo.

Los bomberos hubieron de suspender sus tareas, y el loco volvió a sentarse. Así pasó toda la noche.

Se hizo ir a su infeliz madre, que estaba en Lieja, y ante las lágrimas y los ruegos de ésta, el loco se avino a abandonar su peligrosa posición, extenuado ya, después de diez y ocho horas sin tomar alimento y de permanecer en equilibrio sobre el abismo.

Aceptó la proposición de bajar por una escala del servicio de incendios; pero a condición de que no subiese por él ningún bombero ni enfermero. Cuando estuvo en tierra, se abrazó a su madre, y fué recluido de nuevo sin oponer resistencia.

EL CLAVO ENTRE LOS ROMANOS

En los primeros tiempos de Roma se fijaba todos los años un clavo en la pared del templo de la diosa Norcia, y servía para contar el número de los transcurridos. Después que los romanos tuvieron archivos, conservaron todavía algo de aquella antigua costumbre. Cuando la patria sufría alguna calamidad y los dioses se mostraban sordos a los votos y súplicas del pueblo, los cónsules nombraban un dictor, el cual se trasladaba al Capitolio, donde clavaba un clavo, que se llamaba «Clavo sagrado», en la pared del templo de Júpiter, pues con esto creían aplacar su cólera.

LA INTELIGENCIA DE LOS ELEFANTES

En la India, el cuidado y alimentación de los elefantes exige muy poco trabajo, debido a la gran inteligencia de estos animales. Diariamente se conduce al elefante al bosque donde él mismo, no sólo busca, elige y troncha las ramas que le convienen, sino, que sin comer en el sitio una sola, carga sobre su lomo la cantidad necesaria para llevársela al campamento. Rousselet vió con frecuencia a los elefantes hacer bolas de tierra y tragárselas después: es un remedio natural excelente que ellos han descubierto contra los gusanos intestinales, que los mortifican mucho, y que produce el efecto de purgarlos enérgicamente.

DON DINERO TODO LO PUEDE

Dupin de Saint-André reimprimió en 1879 *Las tarifas de la penitenciaría apostólica* impresas en 1520 por Santos Denis, y en 1741 en Roma, en las cuales se tasan los delitos por tarifas establecidas por los papas Juan XII y León X. Según ellas, el laico que mataba a un sacerdote, era absuelto pagando 7 onzas, y sólo 5 si el muerto era otro laico. El adúltero era absuelto por 87 francos y 3 sueldos. En tiempo de Juan XII, la absolución por incesto, por horrible que éste fuera, costaba sólo 40 sueldos.

ORIGEN DE LAS LETRAS

La letra f fué inventada por los eolios en el Asia y se añadió al alfabeto griego en tiempo de la guerra de Troya. Los latinos emplearon la C por la G, hasta que en el siglo VI antes de J. C. un liberto de Spurio Corvilio inventó la G, añadiendo un tilde horizontal a la C mayúscula, según dice Plutarco. La H proviene del sánscrito, adoptándola los romanos en el siglo VII de Roma. La invención de la L se pierde en la noche de los tiempos. Según Barcia, entre los lacedemonios la L era el signo distintivo que decoraba el estandarte de aquel pueblo.

LA SENCILLEZ DE FRANKLIN

Admiraban muchos contemporáneos de Benjamín Franklin, el sencillo lenguaje que éste usaba tanto en sus obras como en sus discursos. Le preguntaron un día cómo, siendo un científico, rara vez usaba palabras técnicas.

—Cuando yo era muchacho—dijo el filósofo—y estudiaba, incurrí en la necedad de aplicar tecnicismos a las cosas más comunes, para echármelas de sabio. Una noche, le dije muy seriamente a mi padre que había comido moluscos acéfalos. El pobre viejo se alarmó tanto que, junto con mi madre, me obligaron a beber medio litro de agua tibia sin respirar y a la fuerza. En cuanto devolví el agua, y para que no me obligaran a tomar también una botella de aceite que ya traían con el fin de ingerírmela—mis padres suponían que había tomado algún veneno—les confesé que lo que había comido eran simplemente ostras. Desde entonces quedé curado de mi primitiva pedantería y he ahí por qué me acostumbré a usar un lenguaje sencillo con el fin de que todo el mundo me comprendiese.

Mirando pasar

Viene la ópera

Leve y vago rumor de música que se acerca, ora apagada, ora resurgiendo a intervalos como levantada y sumergida por el ritmo del oleaje marino: la ópera que viene.

Esta noticia de viaje no sugiere sin duda la visión esplendente y poética de Lohengrín avanzando sobre el cristal de las aguas en su navecilla de nácar tirada por el cisne suave y olímpico.

En realidad, el conjunto de gentes que nos traen la ópera es por sí mismo una cosa más prosaica. Es una muchedumbre heterogénea e inquieta, agitada por mil preocupaciones de vanidad, de rivalidad, de interés: por todo lo que preocupa a la humanidad común, más lo que es característico de la humanidad de teatro, y sobre todo de teatro lírico. Los hombres no llevan blondas cabelleras; las mujeres no sueñan todas amores ideales; los héroes de los idilios inmortales suelen aborrecerse en el vapor que los conduce a sus jardines de encanto. La disputa del éxito los vuelve recelosos y erizados. Pulula mucha gente entregada a oscura faena sin brillo ni gloria bajo el esplendoroso cuadro de la escena; nibelungos que laboran en el fondo de la mina; y, por último, ya se sabe bien que en esa mina de luminosa veta, no es oro todo lo que reluce.

Pero la realidad no es tanto nuestra vida como por ser realidad pudiera; la ilusión tiene mucha más parte en ella, gracias a Dios, y el teatro es, sobre todo en la ópera, el país mágico de la ilusión.

Para nosotros, son realmente la amorosa y aterida Mimí, la revoloteante Manon, la ingenua Butterfly, la apasionada Isolda, la alta Brunilda, la dulce Margarita, la suave e inmortal Julieta, las que vienen; son los héroes y los amantes de todos los tiempos los que se acercan tripulando magníficamente la galera de la ópera, porque la ópera es otra cosa que sus elementos prosaicos; es una entidad poética que se traduce en radioso encantamiento de armonía y belleza. Para eso, para satisfacer nuestra necesidad de bellas ilusiones ha nacido de nosotros y vive en nosotros mismos como una realidad irreal. Esos héroes y esos amantes de todos los tiempos que encarnan tipos de poesía y de leyenda, son los que conocemos como elementos de la ópera, son los que existen efectivamente para nosotros. El genio les ha infundido su vida de ideal, de pasión, de divina expresión armoniosa, y con ella viven independientemente de la personalidad individual y transitoria en que se encarnan; que hoy es una y mañana es otra. Son, pues, Lohengrin y Des Grieux, Rosina y Carmen, Nelusko y Raúl, Elsa y Violeta, Romeo y Sigfrido los que, en efecto, vienen, resplandecientes o tiernos, gloriosos o dolientes, haciendo llegar hasta nosotros leve rumor de trinos y melodías, musical arrullo que se mece al vaivén del oleaje.

Con ellos vamos a vivir amores que en nosotros son sueños o deseos o recuerdos; dolores que son de todos y que por ser así nuestros y no nuestros, realidad y arte, sentimos como belleza evocada en el fondo del alma.

Nuestra misma vida común va a organizarse de otro modo cuando llegue esa peregrinación canora de romancescas figuras. Sin contar los que se enamoren de las sopranos y tengan horribles celos del tenor y de su éxito, todos vamos necesariamente a sentir en nuestros hábitos, en la distribución de nuestro tiempo, en nuestras preocupaciones o ideas dominantes, en nuestras conversaciones, en nuestra economía general... en nuestras finanzas, la presencia de la ópera.

Pero, hemos llegado a la prosa; huyamos de la prosa.

Precisamente, la función de la ópera es neutralizar y hacer olvidar la prosa, y uno de sus mejores valores, lo mucho que puede contra ella.

Ved esos pesados cajones que parecen contener mercancías; contienen papel pintarrajeado y polvoroso, que abulta dobleces de cosa ordinaria. Pues bien: la magia de la ópera hará surgir de eso los más bellos jardines de amor y poesía. Sí; eso es el jardín de Julieta «en que se mece eterna la escala suspendida del balcón!»; es el jardín de Norina, bañado en suavidad lunar que pronto estremecerá dulcemente la serenata; es el jardín de Margarita, perfumado y solitario templo del beso...

Todos van a revivir al toque de aquella armoniosa magia, y, sin duda, van a revivir con ellos muchas cosas en nuestras almas.

Saludemos, pues, esa bella ilusión que viene cantando. Se merece, sin duda, el saludo de los poetas; es, a pesar de todo, una fuerza de poesía que llega disfrazada de prosa viajera.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

UNA SENTENCIA CURIOSA

Los tribunales de Dublín (Inglaterra) acaban de dictar una sentencia curiosa.

Un espectador de una función teatral halló mala y sobre todo inmoral, la obra que se representaba, y exteriorizó su descontento silbando con toda la fuerza de sus pulmones.

Un comisario de policía lo amonestó primero, y como el silbante insistiese en sus manifestaciones, lo detuvo y le impuso una multa.

El multado recurrió a los tribunales de justicia para que éstos declarasen si el silbar en un teatro es delito o falta que merezca ser castigada.

Y los magistrados irlandeses han fallado en favor del demandante.

«Se puede silbar en un teatro y se puede aplaudir—dice la sentencia—como medio de expresar el desagrado o la satisfacción que el espectáculo produce. Esto es indiscutible; pero también lo es que el silbido no es signo de cultura, de respeto y de consideración».

«Es así que en los teatros de Dublín no se suele silbar—acaba diciendo el fallo—; luego, el pueblo dublinés es culto, respetuoso y considerado». Esta sentencia que absuelve al que silbó, no puede servir de aliento a los espectadores para seguir la misma lícita pero deplorable conducta.

EL TERRIBLE ENEMIGO

El alcohol no se contenta con producir enfermedades especiales, sólo atribuidas a sus efectos tóxicos. La degradación que produce, sin llegar a constituir de por sí una enfermedad, predispone a la enfermedad porque arranca a la existencia la coraza que la defiende contra sus ataques.

No hay enfermedad nerviosa cuya aparición no favorezca el alcoholismo, y esta es la causa por excelencia de su enorme aumento en la segunda mitad del siglo, incubadas, hechas exuberantes en el invernáculo que es para ellas la taberna.

El alcoholismo lleva a la tuberculosis, más seguramente aún que la miseria y la fatiga, pues el empobrecimiento vital que produce es la miseria de las miserias.

A todas las enfermedades, el alcohol les da un sello de gravedad característica, sello de debilidad y senectud que convierte en mortales a enfermedades ordinariamente benignas. Una pulmonía, una ictericia, sin consecuencias en un hombre normal, llevan al alcoholista en pocos días al sepulcro.

El alcohol disminuye igualmente la resistencia a la fatiga, al clima y al hambre.

En las marchas forzadas, los primeros soldados que sucumben son los alcoholistas, y se ha visto que los ejércitos en que no se bebe aguardiente son superiores a los ejércitos en que se bebe. El frío y el calor excesivos centuplican sus efectos en los alcoholistas, y el alcohol es una de las causas que diezman a los europeos en los países tropicales. Los efectos de la privación de alimentos aparecen más pronto en los alcoholistas, porque la asimilación defectuosa que este veneno produce tiene continuamente empobrecido al organismo.

El alcohol, al destruir una por una las cualidades superiores del hombre, y al degradar el organismo célula por célula, mina los cimientos de la vida de la especie, y el resultado es que el alcoholismo, peor que todas las fatigas y todas las miserias, es la causa de las causas de degeneración.

Los hijos de alcoholistas llevan en su fisonomía física y moral el estigma imborrable del vicio paterno. Es entre ellos que se recluta la inmensa mayoría de epilépticos, idiotas e impulsivos; ellos forman el más grueso contingente de la falange cada día mayor de los degenerados: física y moralmente débiles y aun deformes, doblemente heridos de impotencia ante la lucha por la vida, son la víctima fácil de cualquier contagio como de cualquier vicio, y como para completar la obra de muerte del alcohol, tienen con frecuencia la pasión innata de este veneno.—*Augusto Bunge.*

UN PÁRRAFO DE BALZAC

A enterarse en Vierszchowina de que en la Academia francesa habían aceptado como miembro al duque de Noailles, rechazándolo a él, Balzac escribió a Laureano Jan estas palabras: «La Academia ha preferido al señor de Noailles. Sin duda alguna es mejor escritor que yo; pero yo soy más noble que él, porque me he retirado ante la candidatura de Víctor Hugo. Además, el señor de Noailles ocupa muy buena posición, y yo tengo deudas ¡diablo!»

Después de tal derrota, Balzac no podía pensar en volver a presentarse; pero esta era su única ambición que el destino le arrebató despiadadamente.

RENDIMIENTO DEL MAÍZ

El rendimiento del maíz es admirable: en buenas condiciones de humedad y de limpieza del suelo, da en la provincia de Buenos Aires hasta 85 hectólitros por hectárea, y puede calcularse su rendimiento por término medio de 40 a 50 hectólitros por hectárea.

Según Arago, se llega a conseguir cien hectolitros por hectárea en Europa con el cultivo intensivo. El mismo autor hace notar la influencia de la temperatura sobre el rendimiento de este cereal, con el cuadro siguiente:

En el mediodía de España, Portugal e Italia, el rendimiento por término medio por hectárea es de..	50 a 60 hectóls.
En el norte de España, en la Lombardía y la Carintia de....................	40 a 50 »
En el mediodía de Francia.	30 a 40 »
En el Oeste de este país. . ..	25 a 30 »

PARA PENSAR

Los celos son una pasión que se puede sentir, pero que se debe callar.

CHARLA FEMENINA

«Muy querida mía: Siento la apremiante necesidad de escribirte porque sé que tú has de comprenderme, porque me hallo muy sola en esta casa.

¡Ay qué diferente es el matrimonio de cómo lo soñamos cuando niñas a cómo es en la realidad!

Todos mis ensueños se han estrellado frente a los implacables quehaceres, que nos convierten en fregona, en una humilde sirvienta del esposo.

¡Y qué exigentes son! Figúrate, querida, que mi esposo desearía que todo estuviese listo a la hora que él indica; nunca me halla —según dice todos los días—lo suficiente elegante.

Pero lo que más me aflige es que empieza a salir de noche, dejándome sola. Esto es imperdonable, y te confieso con dolor que ya hemos tenido unas cuantas querellas. Tú sabes lo enérgica que soy; mi esposo se ha doblegado. Pero presiento que esto comienza muy mal.

¿Recuerdas los planes que hacíamos cuando novias, de cómo sería nuestro hogar?

Tú me llamabas soñadora, porque no comprendía tu práctica; y, sobre todo, yo me permitía el lujo de idealizar a mi novio, mientras que hoy, siendo mi marido, se ha convertido en un hombre vulgar, lleno de exigencias.

Imagínate que hasta me reprocha y se enoja porque salgo mucho; él no comprende que el silencio de mi casa me enerva, que necesito conversar, distraerme...

Te confieso que estos tres meses de casada me parecen años, y pienso con amargura en lo eterno de esta cadena. Sé que mi esposo me ama, pero sus observaciones me hieren, sus reprimendas me ofenden. Dime con franqueza ¿no soy yo la dueña de mi hogar?

Escríbeme, querida, una carta larga para que me consueles. Necesito tu palabra de amiga leal.

¿Cómo te encuentras en tu nuevo estado? Tu esposo es mejor que el mío—hasta esa suerte has tenido—él te quiere y te mima, y tu vida debe ser un preciosísimo edén; mientras que yo te escribo llena de dolor.

Mi esposo se ha marchado hoy sin saludarme, y todo esto por una bagatela. La nube durará porque no pienso ceder, sería ya convertirse en una esclava.

Píntame tu felicidad, háblame mucho de ti, y consuélame.»

———

«Querida amiga: Dime que tu carta es producto de un minuto de dolor. No me dejes en la tristísima convicción de que eres vencida en tu hogar—en tu trono—por una fuerza oculta que roe tus cualidades y emponzoña tu vida.

Cada palabra tuya me refleja el desmoronamiento de tu ídolo, y lo que es peor, su aniquilamiento. Para cada párrafo de tu carta necesitaría enviarte una larga página, ya que en cada uno de ellos se encierra toda tu existencia.

¡Sola en tu hogar! En ese nido que hemos construído con las pajitas del cariño, donde cada rincón tiene el sello de un amor sublime, donde cada objeto nos habla de él, del ser que hizo sacrificios para envolver el nido de calor, de elegancia y de luz!

¿No amas tú esa casita tuya; no te sientes orgullosa de ser tú la imagen que palpita en todos los rincones, la dueña, la reina de ese pequeñísimo oasis donde se vive esa vida de dos seres, llenos de amor y de ilusiones?

Veo que necesitas un remedio enérgico, inmediato. Conozco tu corazón, y sé que guardas en él mucho cariño. Quiero, pues, con toda mi alma, ofrecerte esa fuerza que te falta, para vencer al enemigo que se esconde en tu hogar.

Yo, como tú, hallé diferente la vida de casada a la que había forjado en mi imaginación; entonces el amor era una cosa gentil, muy superficial; mientras que hoy es el verdadero amor, la unión de dos almas, *fuerza* y *vida* a la vez. Comprendí en seguida que el mundo, con ese poder oculto —y muchas veces malo—haría lo posible por arrancar a mi esposo de mi lado, y trabajé para disputarlo al enemigo.

Tú sabes, tan bien como yo, que fuera de nuestra casa se brindan muchas cosas bellas que seducen; y quise introducirlas en mi hogar.

La armonía, el orden, esa ilusión de una existencia casi idealista, son fuertes lazos que atraen hacia nosotras a los compañeros de nuestra vida.

Y es así, que, debemos ser como un manantial siempre terso, siempre puro, para que todo se refleje claro y brillante. El semblante enojado, la voz algo áspera, la terquedad, son enemigos de la dicha.

Tú no cedes, y qué mal haces. Si eres la única capaz de mitigar muchos pesares, debes ser la que fácilmente perdona, la que con una sonrisa cariñosa disipe la nube que pretendía entrar en tu hogar.

¡Cuántas pequeñas cosas he aprendido para agradar a mi esposo, para aumentar el encanto de mi casita! ¿Quién mejor que yo, puede conocer lo que a él le causa placer? Sé que lejos de su casa piensa en su compañera, y en todas partes tiene la nostalgia de su hogar. Conquista que me enorgullece y que quiero consigas tú también.

¿Qué haces para tu esposo? ¿Tiene tu casa esa misteriosa atracción hecha de pequeñas cosas, ya sea una flor, que está diciendo cuánto piensas en él, el orden, el encanto de tu persona siempre bien puesta, el eco de tu voz siempre alegre, buena y cariñosa?

Aleja esas nubes que empañan tu cielo; son las primeras, las más dolorosas, las que dejan una huella que se agiganta, hasta trocar ese nido tan deseado un día, en el más obscuro laberinto. Ama a tu esposo como cuando era tu novio; trata de penetrar en su alma, que él sepa que tú eres, después de su *Madre*, el ser que más le quiere, que más le comprende. Porque la esposa debe tener las palabras afectuosas y sublimes de una madre, porque el mundo suele herir con sus zarpazos, y a nosotras incumbe el deber de curar esas heridas.

Conozco a tu esposo, sé que te adora y que sufre viéndote tan poco cariñosa con él y con *su hogar*, y no olvides que éste es su ensueño de hombre bueno, que en él ha depositado sus esperanzas y a él entrega sus energías.

Nunca la mujer es humilde sirviente de su esposo. Es la cooperadora de su obra. A él le ha sido confiada la lucha por la vida, que es más ardua; a nosotras la del hogar, que es según lo forma nuestro corazón.

Nosotras debemos realizar una misión de amor. Cumplámosla. Arrojemos lejos esas quimeras perniciosas que muchas veces son el fruto de una juventud educada entre los figurines, los chismes y la mentira.

Quiero que tu contestación me traiga un rayo de luz de tu casita. Quiero que trabajes con fe por la estabilidad de tu nido, y para ello te pido amor, mucho amor.

Considera como el más grave pecado, el haberme confesado que estás cansada de tu vida de casada, que te enerva tu hogar.

Redime esta culpa—que es imperdonable—con una nueva primavera de amor; vuelve a atraer a tu esposo que mucho te ama, y pide a las cosas que te rodean esa fuerza que necesitas para levantarte como verdadera soberana.

Y ahora, oye lo que digo muy junto al oído, a tu corazón que es bueno: Piensa en él, *aquél* desconocido que puede llamar a tu puerta, reclamando tu amor, tu ejemplo y tu bondad. Haz que no encuentre el dolor y el desacuerdo, entre los suaves tules que lo envuelvan...»

CARMEN S. DE PANDOLFINI.

SELVA OBSCUR.

Por órbitas lejanas van las constelaciones,
A veces, a la selva de los humanos males
Descienden, y los árboles obscuros cual carbones,
Flamean en las sombras, hogueras siderales.

Yo marcho en esa selva, ¡ay!, para siempre obscura
Ni una chispa furtiva desciende a mi sendero,
Trábanse mis muñecas en cepos de amargura,
Me enceguecen las lágrimas, y sin embargo espero

La visita celeste; también tiene mi pena
Sus astros, como el ébano de la noche serena,
Que buscan mis pupilas a través de las ramas.

Alguna vez rompiendo los pálidos confines
De la vida, su fuego traerán mis serafines;
Ahora, apenas mueven sus espadas de llamas...

ARTURO H. VÁZQUEZ.

¡HIJA MÍA!

El destino inclemente me ha robado
el tesoro más grande que tenía;
de mi hogar, siempre triste, la alegría,
de mi vida infeliz lo más amado.

Yo mismo y por mí mismo lo he palpado
y, sin embargo, dudo todavía...
¡Al verla tan alegre, quién diría
que la muerte agitábase a su lado!

Fué para mí como una puñalada,
incurable dolor, profunda herida,
ilusión, humo, sombra, polvo, nada;

y es que estaba de Dios probablemente
que sin ver los sarcasmos de la Vida
retornara a la gloria nuevamente.

JOSÉ M. BRAÑA.

BOHÉME

Tu llorabas... Yo lo vi:
y fué en medio de la fiesta:
era en la Opera, y la orquesta
suspiraba con Mimí...

En tus pupilas obscuras
brilló un extraño reflejo
y en él, como en un espejo,
se pintaron tus ternuras.

Una roja crysanthéme
que sobre tu pecho había,
sentir también parecía
las tristezas de Bohème...

Temblaba la tierra flor
de nacarados carmines,
y seguían los violines
diciendo versos de amor...

Llegó la Muerte. Crecía
la emoción en tu mirada,
y en la escena desolada
vagó un rumor de agonía;

Las luces del alba inquieta,
como cirios funerales
alumbraron los cristales
de la alcoba del poeta.

Vibró en la sala el lamento
postrero de la heroína...
¿qué luz extraña y divina
te inundó en aquel momento?

Tú lloraste... Yo lo vi;
y fué en medio de la fiesta...;
lloraste cuando la orquesta
se moría con Mimí...

BELISARIO ROLDÁN.

SONETO

Venid los que sedientos de amor cruzáis la vida;
el triste y el humilde también a mi llegad:
soy vuestro hermano y muérdeme la dolorosa herida.
Unidos construiremos un orbe de equidad.

Venid los que de ensueños tenéis el alma ungida
y un corazón cual mundo abierto a la bondad;
los que corréis con cantos, a la esperanza huida,
y amáis por sobre todo la plena libertad.

Todo mi ser conmuévese cuando os invoco, hermanos,
mi espíritu os lo diera así, con las dos manos,
si extraerlo pudiera del fondo de mi ser;

mas bebed mis palabras, que son mi sentimiento,
las ansias que me elevan, los dolores que siento,
y calmaremos juntos esta infinita sed...

JULIÁN SILVA SERRANO.

Montevideo.

SEÑORA...

Me dijo tu confesión
que está en tu pecho guardado
el recuerdo idolatrado
de tu primera ilusión.

A mí una fatal pasión
el pecho me ha lacerado
y en la noche sepultado
de mi cruel desolación.

Mas si alumbras tú el camino
al cansado peregrino
que dentro de mi alma mora

y le curas de la herida
que le hace amarga la vida
será tu esclavo, señora.

N. H. DE CANDIA.

DOLORA

Por lo mucho que te quiere
mi pobre alma todavía;
por la postrera alegría
de nuestro amor: miserere!

Por la crueldad con que hiere
tu desdén en la porfía;
por la hiel de esta agonía
dolorosa: miserere!

Por los primeros tormentos,
por los últimos momentos
de esta pasión que no muere;

por todo el bien que te debo,
en nombre de tu amor nuevo:
¡miserere!... ¡miserere!...

J. L. FERNÁNDEZ DE LA PUENTE

SOÑACIÓN

Por mares de ilusión, barcas impías,
dirigirán su proa a tus arcanos...
Dejando a los malditos y profanos,
el rudo oficio de las medianías...

Serán centellas, rayos, nuestros guías,
y el huracán pulmón de centimanos,
recitará poemas sobrehumanos,
con la voz de estupendas herejías...

Cabalgando relámpagos bravíos,
que cada vez ondulen con sus bríos,
eclécticos paisajes soñaremos;

nos transubstanciaremos mutuamente,
y ebrios de perspectiva iridiscente,
las tierras de la Parca violaremos.

ILDEFONSO TORRES.

Original historia de un casamiento

—Por una u otra causa, por amor, por necesidad, por aburrimient , todos debemos llegar al matrimonio—oímos decir con frecuencia a los viejos experimentados.

Esto es verdad; una gran verdad. Dígalo sino la historia del casamiento de Salustiano Flores. Pero hay causas y causas. Y la que llevó a Salustiano al registro civil fué de las más originales.

Se casó a los veintidós años. Reuníase, por aquel entonces, todas las noches, con varios amigotes, en un café del suburbano barrio en que vivía. Todos sus compañeros tenían sus aventuritas amorosas, cuyas alternativas románticas, en un canje confidencial, cambiaban en la mesa del café a diario. Unicamente Salustiano jamás tenía nada que contar a ese respecto. Esto le afligía, le afligía tanto, que por fin resolvió, para no pasar por tonto, comenzar a atribuirse ciertos amorcillos. ¿Quién sabe si sus compañeros no hacían otro tanto? Su imaginación, un tanto romancesca, le ayudaba y rápidamente, sin vacilaciones, forjaba escenas a través de las rejas de una ventana, en noches penumbrosas; encuentros en calles solitarias; relataba momentos oportunos; caricias furtivas; comentaba cartas apasionadas protestando por sospechas celosas; en fin...



Mereció, pues, Salustiano, en poco tiempo, la admiración de sus camaradas por su pericia donjuanesca. Pero, así como era portentosa su imaginación, su memoria dejaba bastante que desear y debía hacer enormes esfuerzos retentivos para no olvidar detalles y volver a atribuirse con alguna nueva novia lo ya ocurrido con otra anteriormente.

No obstante su preocupación para no dejar escapar de su memoria estas cosas, con frecuencia le ocurría. Sus amigos, por tales motivos, comenzaron a sospechar los embustes de Salustiano, y empezaron a hacerlo blanco de sus burlas.

Así, cada vez que intentaba contar alguna nueva aventura, todos sonreían y algunos rogaban:

—Déjala para otro día, Salustiano... Mañana nos contarás...

Otras veces, abandonaba el corrillo uno de sus amigos y llamaba a otro, que luego hacía lo propio con un tercero, y así sucesivamente, hasta que restaba Salustiano solo en la mesa.

Una noche él, cortándoles el jueguito, les preguntó:

—¿Ustedes no me quieren creer?

Los amigos de Salustiano se sinceraron:

—Verdad... no te creemos... precisamos ver...

El se ofendió.

—Pues, han de verlo—gruñó.—Ahora tengo una pebeta en la calle Méjico entre Loria y Liniers. A las ocho de la noche pueden verme parado con ella en la puerta.

Al precisar sitio, todos dejaron de sonreir con sus risitas burlescas. No era posible que mintiese con tanto descaro. Podían acudir en comprobación a aquellos lugares y si no era verdad...

Cuando dejó el café Salustiano aquella noche, pensó aquello mismo. Al día siguiente los muchachos irían sin duda a aquel punto para convencerse. ¿Y qué iba a excusar él, si, como fatalmente debía ocurrir, no lo verían parado en ninguna puerta, y mucho menos junto a ninguna muchacha? ¿Diría que aquella noche no había salido ella? Pero ¿y al siguiente? ¿Y siempre?... No, no... Era preciso buscarse una novia aquélla misma tarde, en aquella misma calle, a aquellas mismas alturas...

Se dispuso a ello. Con la caída de la tarde, se instaló en una de esas esquinas. Era un tibio día primaveral y los balconcillos de las casas aparecían alhajados de muchachas vestidas de blanco, incitantes de juvenil frescura.

Comenzó Salustiano a pasearse de esquina a esquina mirando a todas con insistencia. ¿Cuál sería la más accesible? Todas respondían a sus miradas con igual indiferencia. ¿A cuál dedicarse? No trataba de elegir ni la más bonita, ni la más joven... Sus gustos no tenían nada que hacer en aquel asunto.

Indeciso, sospechando el papelón que le aguardaba por la noche, continuó midiendo a pasos muy cortos y mesurados la cuadra aquella hasta ya desaparecidas las últimas claridades del día.

Poco a poco, las muchachas habían ido abandonando los balcones, hasta que restó sólo una.

—¡Esta es la mía!—se dijo entonces Salustiano.

Volvió a pasar varias veces, mirándola con ojos desfallecientes y suspirando profundamente. Ella se sorprendió un poco al principio. Acaso, como todas las demás, había pensado que no pasaba por ella. Pero al convencerse de lo contrario, comenzó a sonreirle con simpatía y a coquetearle. ¡Tal vez se había presentado el marido, el soñado marido tanto tiempo esperado!

En un instante, Salustiano la sorprendió arreglándose el peinado en uno de los vidrios de la puerta y volvió a decirse:

—¡Esta es la mía!

Se revistió Salustiano de energías y, de pasada, le dijo muy por lo bajo:

—Desearía hablarla, señorita. ¿Me lo permite usted?

Ella no contestó. A la vuelta, insistió Salustiano.

—¿Me permite, señorita?

Ella volvió la cabeza hacia el interior de la casa y después respondió:

—¡Siga, caballero, siga! Mamá anda cerca...

—¿Luego?—dijo él.

—Tal vez—contestó ella y cerró el balcón.

¡Se había salvado!

A las ocho estaba nuevamente de facción en aquella esquina. Todavía ella no había salido al balcón. Sus amigos tampoco habían acudido a comprobar su aventura.

Pero, más tarde, casi al mismo tiempo, apareció ella y aparecieron sus compañeros.

Salustiano se atrevió entonces. Pero, saludó, y, como le contestara, murmuró:

—¿Ahora?

Ella no dijo ni que sí ni que no. Su silencio consentía y Salustiano se detuvo. ¡Qué trance! No sabía qué decirle. Ella lo miraba, miraba hacia adentro y esperaba que él hablase. Por fin, Salustiano pudo decir.

—¿No será mejor mañana, señorita? Usted está intranquila... Tal vez la perjudico a usted...

—No—dijo ella siempre vuelta la cara hacia el interior de la casa.—Hable usted... hable usted...

Sudaba Salustiano por todos sus poros. Quería hablar, pero no podía. Le temblaban las piernas. Las carnes se le contraían. Parecíale que se achicaba, de momento en momento, que se reducía paulatinamente.

Ella repetía, en tanto:

—Hable usted... hable usted...

Era inútil, no podía. De pronto, ella dijo haciéndole un ademán para que se retirase:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Otra vez la casualidad le favoreció. Se fué. En la confitería sus amigos le felicitaron. ¡Era todo un tenorio!

Satisfecho su amor propio, Salustiano se fué aquella noche a su casa pensando no aportar más por aquella cuadra. Así lo decidió, pero al día siguiente, al caer de la tarde, sentimientos contrarios a su voluntad, lo llevaron nuevamente hacia aquellas esquinas. Ella estaba en el balcón. Recorrió algunas veces la cuadra. Por la noche repitió sus paseos.

Pero, no la habló tampoco esa noche, ni la siguiente. Semanas pasaron sin que la hablara.

Pero un día, un día se atrevió. Habló... Hablaron. El dijo lo que tenía que decir, titubeando. Ella dijo lo que debía decir, serenamente.

—Véala a mamá... Entre a casa...

Lo prometió. Al reflexionar luego, pensó echarse atrás.

—¡Hasta aquí llegó mi amor!—se dijo.

Pero en el silencio de la noche, en largas horas de insomnio, se consultó: ¿Estaba enamorado? ¿Sí? ¿No? ¿Quién podía decirle si estaba enamorado?

Transcurrían las horas cavilando, sin poder dormir. Resolvió levantarse y entretenerse en algo; comenzaba a dolerle la cabeza.

Instintivamente, sin que mediaran antecedentes, ni síntomas de peligrosas aficiones literarias, sentóse ante su mesita de escribir, tomó un papel e intentó escribir un verso. Este detalle le aseguró que estaba enamorado, perdidamente enamorado... Hablaría, pues, con la mamá.

Aquella vez, sudó Salustiano nuevamente por todos sus poros...

—

Tal, la original historia del casamiento de Salustiano Flores...

FEDERICO MERTENS.

Dib. de Pelayo.

LOS PÁJAROS Y LA MODA

Recientemente se ha librado una verdadera batalla entablada entre los protectores de los pájaros contra la moda y la industria que los emplea.

Al mismo tiempo que Francia declaraba en octubre de 1913 que había puesto en conocimiento del gobierno inglés «que no encontraba causa legítima para establecer en Francia una prohibición para el empleo de los pájaros y sus plumas en la industria, y que perjudicaría a más de 50.000 obreros», en el mes de octubre último, los Estados Unidos promulgaban un bill que prohibía la introducción de las plumas y pájaros, condenando a los que delinquieran con la confiscación de los sombreros a su llegada a las aduanas.

Si en Francia y Alemania, donde la industria de las plumas ocupa millares de obreros y representa una parte no despreciable del comercio interior y exterior, no se ha tomado medida alguna en contra de esta moda, se ha iniciado, en cambio, un movimiento de opinión en contra suya. El 17 de noviembre último se celebró en Berna la conferencia internacional para la protección de la naturaleza y en ella se dedicó gran espacio de tiempo a la defensa de los pájaros.

La industria plumera ha contestado a estos ataques organizando un comité de ornitología económica que debe estudiar los mejores medios para proteger y amparar el acrecentamiento de las especies de pájaros útiles para adornos, a fin de asegurar un aprovisionamiento regular sin temor a mermar su existencia.

EL ALCOHOLISMO

El problema del alcoholismo interesa por igual a todos los países: es universal.

El alcohol abundantemente difundido en todo el planeta, sin recios diques que lo contengan, avanza como una marea inmensa amenazando sepultar en el pliegue profundo de sus olas el porvenir del género humano. Causa eficiente de la miseria física y moral del hombre, degenera y embrutece a la raza, atrofia el cerebro, relaja el músculo, violenta los instintos más torpes y vergonzosos, embota el intelecto, trastorna el juicio, y rebajando a la criatura de la cumbre de los seres, destituida de su superioridad moral, que constituye su verdadera grandeza y poderío, deformada y corrompida, le vuelca progresivamente en el tenebroso molde de la bestia... ¡Un paso más y cegará sus ojos para siempre!

LA VUELTA DEL CUERVO

Lo que más rabia le daba al comisario Gutiérrez era la perruna humildad de Goyo ante las afrentas con que de continuo lo castigaba en su implacable persecución.

La primera vez que exteriorizó su antipatía hacia el mozo, fué en las carreras grandes de Punto Fijo. Cuando el comisario vió que Goyo sacaba un cuchillito para comer la sandía que acababa de comprar a una quitandera, atropelló furioso y casi derribándolo con el encuentro del caballo, vociferó:

—¿Con qué permiso venís armao al camino, guacho insolente?... ¡A ver, a ver! —gritó dirigiéndose a los milicos que le habían seguido:—¡desarmen a este canalla!...

Los policianos, que al echar pie a tierra ya llevaban desenvainados los «corvos», le aplicaron varios planazos, para evidenciar el poder de la autoridad, nada más, porque el culpable se sometió sin asomo de resistencia.

—¡Protestá, si te parece!—rugió el comisario.



—¡Si no protesto, acato!...

—¡Y si no, no acatés!... –Luego, al sargento:—«¡Arrenló pa la comisaría; y qu' el escribiente le cobre la multa!...

Goyo no chistó.

Otra vez, el comisario llegó sigilosamente, a eso de media noche, a los ranchos de ña Menegilda, donde una media docena de mozos y mozas del pago, habían organizado un «bailongo». Eran jóvenes, eran alegres como el canto de las «primas» de las guitarras. Y, como de costumbre, en casos análogos, Goyo era el héroe y el niño mimado de la fiesta.

Lindo muchacho, guitarrero, cantor y bailarín sin rival, dicharachero, atrevido sin groserías, sabía divertir y por eso lo adoraban y lo buscaban.

Cuando Gutiérrez penetró en la sala, su faz adusta, su mirada torva, su sonrisa amarga, fué como una helada intempestiva caída sobre la alegre floración del jardín: todos se amustiaron de súbito.

Gutiérrez lo advirtió y se estremeció de rabia. Siempre ocurría lo mismo; la impresión de miedo que causaba su presencia no variaba nunca, por más empeño que él pusiese en aparecer amable.

Iba con ánimo de bailar, de divertirse, de ser bueno, y el general retraimiento le revolvía de inmediato la bilis, impulsándolo a la violencia.

Así, aquella noche. Iracundo preguntó:

—¿A ver ande está el permiso pal baile, a ver?...

—Señor comesario, como no es más que una tortulia familiar, habemo pensao...—explicó humildemente Goyo.

Y el comisario, satisfecho de la oportunidad que se le presentaba para humillar al mozo, gritó, amenzándolo con el rebenque:

—¡Yo te vi'a dar tortulias!... ¡Siempre has de ser vos el infrator!... ¡A ver, sargento!... ¡Arremeló pa la comisaría y encajelé la multa!

—¡Pero, comisario!...

—¿Qué? ¿Qué?... ¿Vas a desacatar?... ¡Desacatá no más!...

—¡Acato, comisario, acato!...

Se lo llevaron a empellones.

Pero la persecución no paró en eso. Goyo tenía de compañera una chinita que había «sacado», con el beneplácito de los padres, un año hacía; y Gutiérrez se la sacó a la fuerza y la llevó a la comisaría «pa piona».

Goyo soportó la afrenta, colmando a la animadversión del comisario. ¿Era miedo o desprecio? A él le constaba que el muchacho tenía «güen coraje», probado en varias ocasiones... ¿Entonces?...

Entre tanto, su odio crecía. Goyo tenía fama,—y bien adquirida,—de ser el mejor compositor y corredor de caballos del pago. Muy raramente perdía una carrera; y en cambio el comisario, que por capricho jugaba siempre, y hasta dando usura, contra el parejero que guiara Goyo, perdía siempre.

Pero resultó que una vez el comisario, en un momento de «calentura» había «atado» una carrera por una apuesta seria, reconociendo más tarde, cuando ya era imposible volverse atrás, que iba «derechito al muere»; primero, porque el caballo no le daba, y segundo porque el adversario le llevaba la ventaja de tener por compositor y corredor a Goyo.

Venciendo en orgullo, hizo llamar al mozo y le dijo con los malos modos de siempre.

—¡Vas a cuidar y correr mi parejero!...

Contra lo que se esperaba, el mozo respondió de inmediato:

—Con mucho gusto, mi comesario...

—Pero te albierto—agregó Gutiérrez desconfiado—que si la perdés, te vi'a dejar mormoso a palos!...

—¡Qué la vi'a perder!—respondió alegremente Goyo.—Una qu' el caballo, sabiéndolo enderezar, atropella y aguanta; y otra, ¡usté lo sabel qu' el caballo 'el comesario no puede perder!... ¡Le garanto que se la robo!...

—No te olvidés que...

—¡Se la robo, comesario, le garanto que se la robo!... Y áura le vi'a decir, comesario, el secreto que tengo pa ganar las carreras...

—¿Eh?

—¡Un polvito qu' en el momento 'e largar le meto en el óido al mancarrón y que, por sotreta que sea, lo hac' estirarse como cuero fresco!...

Llegó el día de la carrera. El comisario, paseándose a caballo, en un picazo gordo y cubierto de valioso «apero» de oro y plata, apostaba rabiosamente, embolsando los dineros en las pistoleras de la montura, donde ya estaban depositados los mil pesos de la carrera. Y faltaba menos de media hora para la indicada para enfrenar, cuando Goyo, con aspecto apenado, lo llamó aparte y le dijo:

—¡Vea lo que me pasa, comesario: olvidé el polvito!...

—¿Y? — preguntó Gutiérrez, empalideciendo.

—Tengo que dir a buscarlos.

—Mandemo un melico.

—No los v' a encontrar. Tengo que dir yo mesmo a la comesaría.

—¿Y habrá tiempo?

—Con güen caballo, sí.

—Tomá, montá en el mío...

Se apeó; Goyo subió de un salto al picazo gordo.

—¡Apurate!—ordenó el comisario.

Y un viejo que había observado la escena y oído el diálogo, le dijo en voz baja a un compañero:

—¡Se mi hace que Goyo va dar la güelta' el cuervo!...

Pasó la media hora. El comisario, como comisario obtuvo una prórroga de media hora. Pasó la media hora y entonces Gutiérrez, seguro de que Goyo le jugaba sucio, pidió un caballo y se largó a escape a la comisaría.

Al llegar allí, el viejo Tiburcio, el ranchero, le informó que Goyo había dicho que llevaba orden suya de llevar a Juana, la peona; que la había alzado en ancas y había partido al galope, dejando un papel, que no había leído porque no sabía leer. El papel decía así:

—«Comisario: Lo que prometo lo cumplo: le prometí que «la robaba» y la robo... Le dije que iba a dar la güelta y la vi a dar, pero será la güelta... el cuervo».

JAVIER DE VIANA.

Dib. de Friedrich.

LOS ÁRBOLES FRUTALES EN TONKIN

Hace algunos años, M. Mieville, empezó a ensayar en el norte del Tonkin la aclimatación de los árboles frutales y los resultados alcanzados no han podido ser más espléndidos.

La plantación se encuentra en los alrededores de Lao-Kay y a 1.500 metros de altitud. Comprende cerca de 3.000 ejemplares, entre ellos: 2.000 durazneros; 400 manzanos, 300 perales, 250 nogales y 100 castaños.

Todos los árboles se crían admirablemente y se espera que, en un porvenir próximo, el comercio de frutas tomará una gran importancia.

BODAS DE DIAMANTE

Como se sabe, las *bodas de diamante* se celebran a los 60 años de matrimonio, en Francia. Los ingleses acaban de completar esta lista de fiestas del siguiente modo: bodas de lana, al año; de papel, a los dos años; de cuero, al tercero; de algodon, al quinto; de estaño, al décimo; de seda, á los 12 años; de cristal, a los 15; de porcelana, a los 20; de plata, a los 25; de perla, a los 30; de rubí, a los 40; de oro, a los 50, y de diamante, a los 60.

DIALOGUITOS

—¿Qué tal, qué le parec' el viajecito, mi raina?

—Moy lindo. Me justa moucho, pra qué voy dicir...

—¿No ve? Si yo sabía que l' ib' a sentar com' un tubo a un ministro. Y andaba como retobao, créido 'e que no me tenía confianza pa largarse de taxi con el servidor, que, dicho sea 'e paso, va con él más seguro que con un' hermana 'e la caridá...

—¡Quen sabe!

—¡Oh!... ¡Avise, pues!

—Lus hombres son moy sinverjuenzas. No lu diju por usté, bah..., peru cando tantu lu dicen...

—¿Y ande menos? Decime con quién jugás, te diré quién gana. Pero yo l' invitao decentemente, pa gozar juntos la garufita, y si di áhi me saca otr' intención p' adelante, que me linchen en su presencia.

—¡Pus ya me lleva en el carroaje!

—Cabal, prenda. Mi ha resultao como a niño rico: me gusta éste, agarralo nomás... y aquí vamos como dos príncipes recién desembarcaos, viendo la ciudá, que no falta más qu' el intendent' en el taxi pa que nos tomen por copetudos d' extrangis y nos hagan la venia los botones y nos saluden los desgraciaos que van a pie y hagan cancha los del Seguridá, ladiando los autos y las carrindangas de menor cuantía. Y nués por decirle, pero con ese vestidito 'e puntillas que se mi ha largao hoy pa Palermo...

—¡El mismu que mi pusé pra las romerías, el mismu! ¿Le justa?

—¡Y con ese busto!...

—¡Zafadu!

—¡Oh! ¡Avise, pues!

—No mi dija cousas feas, ¿eh? ¡Güenu!

—Ta bien, ricura, ta bien. Salga 'e peligro, que vamos sobre seguro. Pues, como l' iba conversando, ¿no?, mi ha impresionao lindo su coraje y mi h' agradao esta patriada. ¡Eso es cariño! Espéreme a las cinco; y a las cinco, clavao, encima 'e la volanta.



—¡Jesús!

—¡Ah, sí, mi raina! Aquí la vamos de suceso sin accidente, qu' es como decir limpio y con la baraj' a la vista, y yo le vi' a probar quién es Agapito Alderete por respetar a la dama, y con eso y mirarm' el fachín, déjese dir tranquila, que no le v' a pasar ni medio... y aprovech' el viaje pa conocer la ciudá.

—De veras qu' es linda, sí, sí...

—Com' usté y hasta por áhi nomás. porque pa lindo, mirármela plantadita di arrib' abajo, que, fracamente, no sé di ánde me l' han sacao tan a la perfeción, que ni pa manequín o pa estampa.

—¡Ay, qué zalameru, Dios! Pra que le crean, pra enjatuzar...

—A mí es cosa 'e que me tiene mariao y vi' a tener qui hablarl' en serio, pa que se vay' a costumbrando a estas explosiones de a menudo, porqu' es al cuete, o m' entusiasma una mujer y me pongo como pichicho pa ronciarla o no me dentra por ningún lao. Y con usté mi ha pasao como con los chiches de la vidriera, que los ven los pibes y se les va el alma 'e no poder cargar con todos pa casa...

—Pra que no se queje. Se lu había prometidu, y pra que vea que tenju palabra... ¡Cando eu diju' una cousa, comu la diju!

—Así me gusta nomás. Y portesé bien y v' a ver con qué laya 'e sujeto ta tratando, que al fin y al cabo ha dao con una persona formal que ande se mete es porque le llama l' atención, y todo es querer, que poder se puede. Vea, vamos agarrar pa este lao, que es una paseyata 'e mi flor... ¡Doblá, che!...

—¡Qué uscuru!

—¡Dejés 'e chuchos, que va bien acompañada! Acá viene la gente chic, y es com' un paraíso pa los enamoraos con suerte... ¡P' ande te dije, che!...

—No se priocupe, niño...

—Pues, como l' iba contando...

CRUZ ORELLANA.

Dib. de Zavattaro.

NOTAS DE UN COMERCIANTE
Procúrate nuevas amistades

No contraigas el hábito de ir siempre a los mismos lugares y con la misma compañía. Conocí dos hombres que pasaban todo el día sentados en el mismo despacho, y que además almorzaban juntos.

Rara vez iba el uno a cualquier parte sin el otro. No creo que sea esta conducta la más recomendable. Gran provecho podían sacar del tiempo que conversaban juntos, si sabían utilizarlo; pero seguramente era más lo que perdían no dedicando algún rato a tratar con otros hombres. En cuanto a mí, no me seduce la idea de ir a comer todos los días con la misma persona, aun cuando ésta fuera de un mérito extraordinario.

Las tardes son para los hombres de negocios una buena coyuntura para adquirir nuevas ideas; pero muchos de ellos desperdician esta oportunidad. Yo prefiero emplearlas, por ejemplo, hoy en una tertulia, mañana en una biblioteca, al día siguiente en una galería artística, al otro visitando un establecimiento comercial, y así sucesivamente; a veces solo, a veces con un amigo, y en ocasiones con varios.

Si eres de los que se han acomodado a una rutina, ensaya este plan. Sal del camino trillado, aunque no sea más que una hora todos los días, y pronto verás cuán amplios horizontes te hará descubrir tu nueva costumbre. Cultiva el trato de las personas enemigas de la rutina, de espíritu amplio y progresivo.—*Waldo Warren.*

EL ASISTENTE DE SAN MARTÍN

La esposa del general José de San Martín era una joven distinguida, de carácter festivo y siempre dispuesta a las alegrías y entusiasmos de su edad.

San Martín la mimaba, y aun cuando se resentía de cierta aspereza militar, era culto y hacía cuanto estaba a su mano por tenerla contenta, sobre todo mientras vivieron en Mendoza, lejos esta última de sus amantísimos padres.

No obstante los halagos y la amabilidad que le merecía, el severo general una vez la llamó al orden, para que le diera el ejemplo de la disciplina.

Fué un día que Remedios envió al asistente para que le comprara un carretel de hilo en la tienda más próxima.

El delito era leve, pero el fundador del ejército de los Andes no lo consideró así, y a la hora de comer, en un momento en que quedaron solos con la sobrina y compañera de Remedios,—Encarnación de María—le dijo: —«Hijita, te voy a pedir un favor; ya sabes que no te contrarío en nada, pero tratándose de asuntos militares, quiero que me satisfagas, y más siendo una cosa tan sencilla. Hoy he sabido que mandaste mi asistente a la tienda, y esto es muy feo. El asistente se da a los militares para su servicio, pero no para que sea sirviente y menos de la señora. Ocuparlo en otra cosa que no sea de su obligación, es degradar la carrera militar; no, el soldado no es para mandados, y como tú has visto, jamás me permito darle otras órdenes que las que como militar debo darle.

Toma las mucamas que necesites o desees, pero te ruego no me ocupes al asistente, porque no debo dar mal ejemplo, y sobre todo porque no quiero *degradar al militar*».

¡Qué modo de pensar tan distinto al de muchos que han venido después!

PENSAMIENTOS DE ALBERDI

No hay un barómetro más exacto para estimar el grado de sensatez y civilización de cada país que su ley de presupuesto, o la cuenta de sus gastos públicos. La ley de gastos (si habla la verdad) nos dice a punto fijo si el país se halla en poder de explotadores, o está regido por hombres de honor; si marcha a la barbarie, o camina a su engrandecimiento; si sabe dónde está y adónde va, o se encuentra a ciegas sobre su destino y posición. Toda la cultura de los Estados Unidos, toda la medida de su bienestar incomparable, toda la excelencia de su gobierno, aparecen de bulto en sus leyes de gastos anuales, donde se ve que los caminos, los canales, la instrucción y las reformas útiles forman el objeto de los tres tercios del gasto público.

EL NÚMERO TRES

El número tres parece ejercer una extraña influencia en el destino de algunos hombres.

Los escolásticos lo consideraban como el número perfecto, símbolo de la Trinidad.

Pero aun en los tiempos modernos, uno de los diplomáticos más grandes de Europa creía firmemente en la misteriosa influencia de tal número.

Bismarck, en efecto, solía decir a sus amigos:

—«He servido a tres señores; tengo tres hombres; en el escudo de armas de mi familia aparecen tres hojas de encina; he provocado tres guerras; he firmado tres tratados de paz; en la guerra franco-prusiana he cabalgado en tres caballos, que me mataron uno tras otro, cayendo otras tantas veces al suelo; he preparado el convenio de tres emperadores, determinando la Triple Alianza; he tenido tres hijas; el lema de mi escudo es «Fuerza en la Trinidad»... y, por último los caricaturistas no conciben sino tres solitarios cabellos en mi cráneo desnudo».

EL PERIÓDICO MÁS CARO DEL MUNDO

En Alaska, uno de los países más fríos del globo habitados por el hombre, se publica un periódico semanal con el título «Morning Post», cuya subscripción cuesta 1.750 francos, y el número suelto 35.50 francos.

Los anuncios que publica se cobran a razón de 350 francos la línea.

Seguramente no existirá otro periódico más caro; pero debe tenerse en cuenta que en Alaska todos los artículos son importados, costando sumas enormes, y que, en cambio, abunda el oro, pues se encuentra fácilmente, y son los buscadores de este metal los que allí viven con no pocos y cruentos sufrimientos.

ESTOY COMPROMETIDO

Comienza a ponerse de moda en Nueva York el llevar los hombres en la solapa del saco o levita «botones de compromiso o nupciales», «love-buttons», como ellos los llaman.

En vez de anillos como se estila aquí entre prometidos esposos, el novio en la solapa y la novia en el pecho del vestido, llevan en Nueva York unos botones, en los cuales está fotografiado el rostro del novio o de la novia según lo haya de llevar ella o él.

La hurona

Renato la persiguió un momento a través de cercos y malezas, jurando y maldiciendo, poseído de una rabia tal, que de ser alcanzada, la merodeadora hubiera pagado harto caro el producto de su pillaje.

Al llegar a la parva, tropezó él en un leño y cayó de bruces, circunstancia que aprovechó la fugitiva para ganar terreno.

—¡Ladrona!... ¡cuatrera!—barbotó el mozo incorporándose pálido de ira y despecho, amenazando con el puño contraído en dirección a «La Hurona» que se perdía en el alto pajonal cercano, vuelta la cabeza, insegura aun de hallarse a cubierto de los mojicones que el chacarero solía propinarle cuando tenía la desgracia de caer en sus manos, después de uno de sus frecuentes robos de huevos, pollos o cualquier comestible atrapado en un instante de descuido.

—¡Grandísima trompeta; te vi' a dar yo!... ¡Ladrona 'el diablo!

Renunciando a la persecución, inútil ya por la distancia, la agilidad de la muchacha avezada a esas disparadas y el pajonal alto y espeso cuyos escondrijos conocía ella como su propio rancho, Renato tomó el camino de la tapera donde «La Hurona» moraba con su padre, sumidos en la mayor miseria.

—Vi' a decirle cuatro frescas a ese viejo ladrón—mascullaba hecho una furia.

Cuando llegó al derruido rancho, la muchacha, acaso viéndole venir, no se encontraba en él. El viejo Lucio, sentado en un pedazo de tronco, liaba un poco de tabaco en la amarilla hoja de chala, con el aire más inocente del mundo. Al sentir los pasos que se aproximaban, levantó sus ojillos grises, chispeantes de malicia y saludó alborozadamente.

—Güenas tardes, ño Renato.

—¿And' está «La Hurona»?

—¿M' hija?— Vaya a saberlo... De juro corretiando po' ahí...

Y fingiendo admirablemente una tristeza que no sentía, añadió:

—Es una mala cabeza.

Renato fijó su mirada irritada en el anguloso rostro del viejo y replicó con acritud:

Hágase el zonzo. En cuanto volvamos a las andadas, le aviso al comesario.

—¡Caray!... No sé de lo que m' habla... Se lo juro, ño Renato.

—Tenga cuidao... Si se mete la polecía vamo' a saber quién carnea de noche los capones de po' aquí.

—M' ofiende, ño.

—Güeno... Tenga cuidao.

El agricultor paseó la mirada por el contorno queriendo hallar el escondrijo de la joven y profiriendo otro insulto, emprendió el regreso hacia su chacra.

Padre e hija eran el azote de la comarca. Sus frecuentes latrocinios y merodeos ponían a contribución gallineros, sembrados, despensas y majadas; hasta se murmuraba que un asalto en despoblado, acaecido en cierta ocasión cerca de allí, del cual fué víctima un mercachifle, no era asunto ajeno al viejo habitante de la tapera. La justicia se hizo eco de la voz corriente y animada por los pésimos antecedentes de «El Hurón»—apodo por el cual era costumbre llamarlo—se incautó de su persona.

Pero el damnificado no pudo asegurar que detenido y salteador fuesen la misma persona, y tanto juró y perjuró el viejo su inocencia, que transcurridos unos meses de cárcel, apareció cierta mañana en la puerta de su rancho liando sus sempiternos cigarrillos de chala y tarareando adormilado una vidalita monótona y balbuciente. En tanto su hija, una muchachona de edad indefinible, selvática y arisca como un zorro, halló medio siempre de cocer dos papas y un trozo de carne en la olla y mojar una galleta en el mate cocido.

Renato amenazaba continuamente con la denuncia de los robos, pero, fuese por compasión hacia los misérrimos, que carecían de todo recurso para vivir, sea que en el fondo reconocía el poco valor de lo hurtado, sus represalias no pasaron de los gritos, los insultos y tres o cuatro cachetes en la cara de la ladronzuela cuando ésta no tenía tiempo y habilidad para poner tierra por medio. Por otra parte, jamás apareció en su pequeña majada un animal sacrificado, contrariamente a lo que sucedía con los vecinos, blanco continuo de aquellas correrías.

Esa tarde, durante la siesta, había sentido un ruido sospechoso en el patio. Dos o tres gallinas, cacarearon asustadas. Saltó fuera y divisó a «La Hurona» en circunstancias que salía del gallinero con el delantal doblado en forma de bolsa y que en cuanto se vió sorprendida echó a correr en dirección al campo.

—¡Ah, perra Hurona!

Para desahogar su rabia, descargó un puntapié en las costillas del dormido León, injusto castigo, desde que el pobre animal acogía a la ratera con familiaridad adquirida por la costumbre.

Marchando en dirección a la chacra, pensaba poner coto de una vez por todas a los avances aquellos. Era cosa de provocar una enérgica intervención policial, ya que el patrón del campo, ante las quejas interpuestas para que los desalojase, respondía invariablemente:

—Son unos pobres diablos. Déjenlos en su tapera.

Entró en su casa ya decidido. No era posible dormir tranquilo con tan peligrosa vecindad. Aprovechando de que vivía solo, cualquier noche, cobrado el importe de su cosecha, se le aparecerían padre e hija y... Instintivamente echó una ojeada a la escopeta colgada del muro. Al día siguiente iría al pueblo y formularía una denuncia en forma.

Mucho tiempo pasó Renato sin conocimiento. Una fiebre intensa le tuvo postrado y esa mañana, al abrir los ojos, paseó la mirada por la pieza extrañado de todo lo que veía a su alrededor. Junto a la cama, el doctor Juárez preparaba su valija de mano disponiéndose a retirarse.

—Hola, Renato—dijo alegremente el facultativo—parece que de ésta no visitamos el camposanto.

El le miró alelado, sin alcanzar a fijar sus últimos recuerdos.

—Hemos andado muy cerquita, compadre.

—¿He estado enfermo?

—Y feo, amigazo.

Poco a poco se entreabría un poco la bruma que embotaba su memoria. Aquella noche se acostó con la cabeza dolorida y los miembros pesados, malestar que atribuyó a la fatiga del trabajo, fuerte en esa época de reciente siembra. Súbitamente acudió a su mente el surco descuidado, expuesto a todas las vicisitudes y se incorporó penosamente.

—¿Hace mucho, doctor?

—Un mes, por ahí.

Se dejó caer anonadado, sin fuerzas, con la muerte en el alma. Solo, sin un peón siquiera que le ayudase en las rudas faenas agrícolas, deseoso de economizar hasta el último centavo, en ese afán de riqueza, atávica en el descendiente en primer grado del labriego europeo, palpaba ahora las consecuencias de su sórdida imprevisión. Los surcos resecos, sin carpir, llenos de yuyos, estériles, la simiente aventada acaso, toda aquella riqueza soñada, perdida ahora. Sabía bien que la tierra generosa con quien la acaricia, es brutalmente hosca cuando no la riegan las gruesas gotas del sudor arrancado a los poros por la energía del trabajo.

—Dotor... dotor... ábrame la ventana—gimió con angustia.

El médico, interpretando mal aquel deseo, fué hacia la ventana y la abrió de par en par.

—Hay ganas de sol ¿eh? Eso es bueno.

En el campo abierto, bañados por la luz lujuriosa del astro rey, los débiles tallos se balanceaban gallardamente impulsados por una brisa suave, brillantes de verdor, borrachos de vida. Lanzó un suspiro de alivio y se recostó en la almohada con los ojos animados de esperanza.

De pronto se irguió tembloroso de rabia. Una voz conocida, algo distinta en el tono, del recuerdo que él conservaba, se oía en el patio.

—Lión... Lión... ¡ah sotreta!... Vení p' acá, Lión.

—¡La Hurona!—rugió crispando los puños.

—¡Ah!... Sí...—dijo Juárez cerrando el valijín ya listo.—Desde que cayó usted enfermo se instaló aquí como dueña de casa.

Hesitó un tanto, dibujó en sus labios una sonrisa picaresca y añadió:

—Acaso tenga derecho a eso. Lo cierto es que la pobre mujer no ha parado un solo instante. Ella fregó, limpió; dejaba la azada para tomar la rastra. Hizo de todo. Fué preciso que yo pusiese gesto serio para obtener que descansase. No era posible velar de noche junto a esta cama y echar los pulmones fuera durante el día. ¿Quiere que le diga la verdad, Renato? Si no hubiera sido por esa chicuela, usted se muere esta vez. Ahora ya estamos fuera de peligro. Hasta luego. Volveré a la tarde.

El chacarero abría los ojos desmesuradamente; no acertaba a ordenar sus pensamientos, se le embarullaba la cabeza. ¡Ella!... ¡La Hurona!... ¡la ladronzuela!

Le embargaba un sentimiento extraño, desconocido, ilógico, indefinible. Las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Aquello no tenía para él explicación posible, y sus ojos agrandados por el estupor, miraban las mieses libradas de la ruina por la fiera salvaje, la agreste enemiga del orden y el trabajo, incapaz de una acción buena, apta sólo para el merodeo por galpones y gallineros mal vigilados. No cabía duda, la enervante fiebre lo tenía preso todavía en sus garras.

—Lión... Aura vas a ver.

Entraba. Sus formas parecían haberse enriquecido. Sus mismas ropas de siempre, no eran, sin embargo, las mismas. Al volverse y contemplarle en estado de conciencia, dió un pequeño grito y se detuvo.

—¡Ah!... ¿ya está güeno?

Su voz denotaba una franca alegría, desconocida para él, habituado a sus interjecciones bravías; su rostro aparecía dulcificado en sus líneas y hasta aquella indómita cabellera flotando siempre al viento, se mantenía aplanada sobre la cabeza, sujeta por un trozo de lienzo.

—Hurona—musitó él débilmente.

La muchacha, con una punta del delantal recogida entre sus dedos, la cabeza gacha, permanecía parada en el umbral, bañada de pies a cabeza por una lluvia de oro.

—Hurona—repitió él—vení.

Se acercaba lentamente, medrosamente, sin levantar la vista del suelo.

Y Renato besaba sus manos llorando de gratitud, inundado el corazón de una ternura infinita, mientras «La Hurona» balbucía:

—No le he dao más qu' un poco de yerba y tabaco al viejo... se lo juro.

—Tuito es tuyo, Hurona, tuito.

El trigal verdeante, se balanceaba dulcemente con movimiento de ola, jugando coquetonamente con los chorros de oro que el sol ponía en su crestas.

—Tuito es tuyo... Hasta yo—repetía el enfermo besando la mano femenil curtida por el rudo trabajo de la tierra.

MIGUEL F. OSÉS.

FIESTA A BORDO

Concurrencia a la fiesta organizada por el club "Entre Nosotras, a beneficio de la Asociación de Jóvenes Argentinas, realizada el domingo último a bordo del vapor "Londres"

ASAMBLEA SOCIALISTA



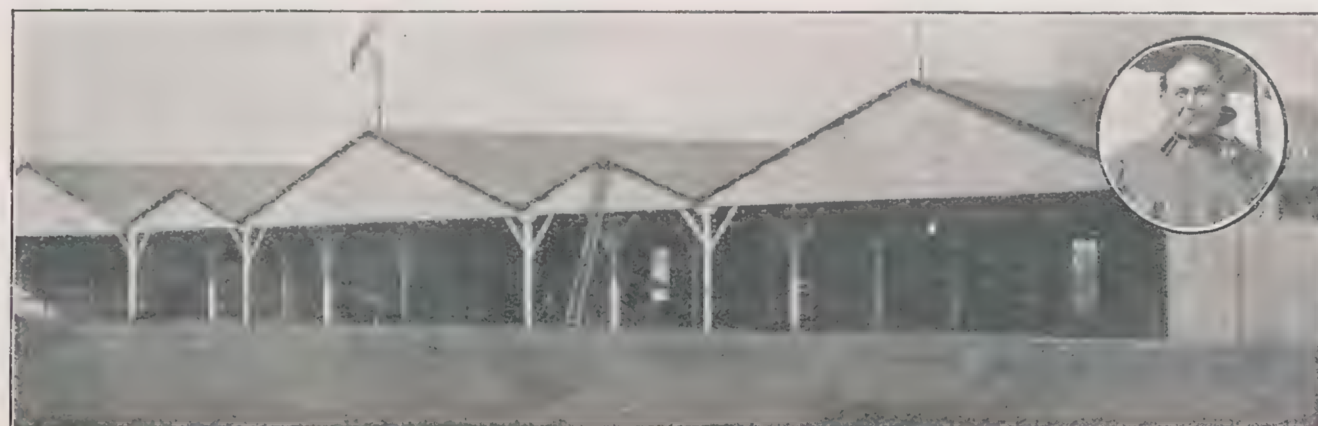
Público que asistió al mitin organizado por "Tribuna Femenina", para protestar por la forma en que se desarrollaron las últimas maniobras militares

LA AVIACION EN LA ARGENTINA

PILOTOS AVIADORES DE LA ESCUELA MILITAR DEL PALOMAR — LAS VICTIMAS DE LA AVIACION ARGENTINA — PILOTOS AVIADORES DE LA ESCUELA MILITAR DEL PALOMAR



Teniente Pissano — Teniente Pueta — Tnte. Pérez Ferreyra — Teniente Brihuega — Teniente Varona — Teniente Padilla — Teniente Agneta — Jorge Newbery, † el 1.º de marzo de 1914 — Félix Origone, † el 19 enero 1913 — [Manuel Félix] zo Eusebione † el 26 enero 1913 — José M.ª Pérez Arzeno † el 11 abril 1913 — Teniente Venavente — Teniente Zanni — Teniente Goubat — Teniente Giménez Krámer — Teniente Campos — Suboficial Sánchez — Ingeniero Mascías



Los hangares de la escuela de San Fernando. — En círculo: el director de la escuela de San Fernando, señor Marcelo Paillette



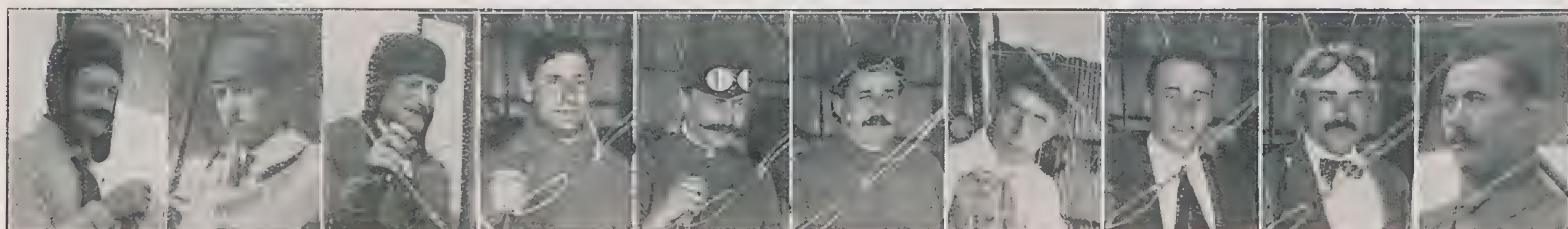


Los hangares del Palomar donde se guardan los aparatos. — En círculo: Teniente coronel Uriburu, director de la escuela de aviación militar del Palomar



Sacando los aeroplanos de los hangares de Villa Lugano. — En círculo: señor Castaibert, director de la escuela

ALUMNOS DE LA ESCUELA CIVIL DE SAN FERNANDO



Angel Adami, el primer periodista de Sud América que se dedica a la aviación — Ricardo Detomasi, el más joven de los aviadores — Jacobo P. Stoiti — Juan Romanella — Enrique Rogger — Manuel María Conesa — Alberto Jarfelt — Francisco Labit Miramon — Señor Robles — Juan Borrig — Fortunato ... [Te]lente

ALUMNOS DE LA ESCUELA DE VILLA LUGANO



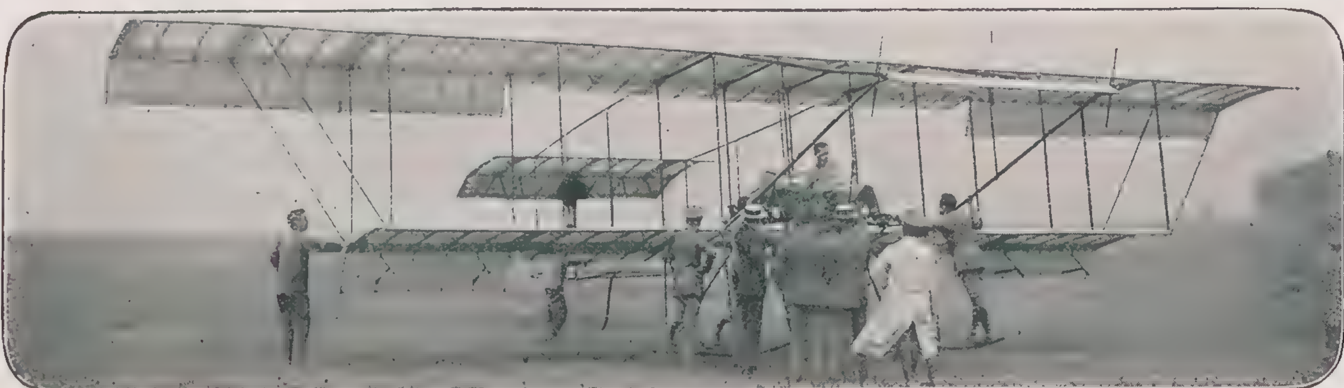
Teodoro Fels, recordman mundial sobre agua, ida y vuelta a Montevideo (R. O.) — Benjamín Giménez Lastra, aviador argentino — Alejo Tinao Planes, argentino, se recibió de aviador en París — Carlos Friggeri, que tendrá a su cargo la dirección de la Escuela de Aviación de Rosario — Mario Casale — Juan P. Garat — Bonilla



Mecánicos de la escuela militar, limpiando un motor de aeroplano



El tipo de monoplano Morane-Saulnier, de la escuela militar



El teniente Goubat, dando lecciones sobre el manejo del Farman



Aparato tipo Blériot



Vista de la ciudad tomada por nuestro fotógrafo durante un vuelo en biplano Farman, dirigido por Paillette

AVIADORES EXTRANJEROS QUE HAN VERIFICADO VUELOS EN LA ARGENTINA



Domenjoz (suizo) — Pettirossi (paraguayo) — Cattaneo (italiano)

Piñeiro (español) — Lübbe (alemán) — Barron (inglés)

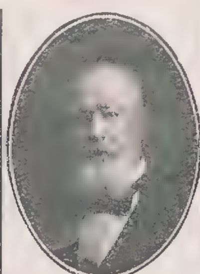
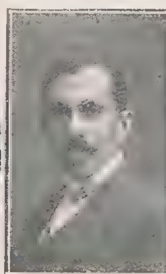


Alumno de la escuela militar, iniciando un vuelo de entrenamiento



Esperando el grito de ¡Suelten!

EL CONFLICTO DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION





Señor Julio R. Barcos — Dr. Carlos M. Biedma — Srta. Leonilda Barrancos — Señor Luis María Jordán — Señor Sebastián Durán Gauna — Dr. Pedro N. Arata, presidente del C. Nacional de Educación — Dr. Rafael Sedano Acosta — Sr. Próspero G. Alemandri — Srta. Catalina Argofolio — Srta. Cornelia B. Fontana — Sr. Felipe D... renzio

Los diez maestros firmantes de la nota de protesta, en representación del magisterio de la capital, cuya exoneración pretendió el Consejo Nacional de Educación, y a la cual se opuso enérgicamente el presidente, doctor Arata, salvando así el principio de equidad y los fueros del magisterio

NUEVO MINISTRO



Dr. Angel Chávarri, nuevo ministro de gobierno, de la provincia de Santa Fe

EN LA LEGACION DEL PARAGUAY



Recepción ofrecida por el ministro señor Pedro Saguier y su señora María Gondra, en honor de las autoridades y cuerpo diplomático, con motivo del aniversario de la independencia paraguaya

UN FUNCIONARIO HONESTO



Sr. Juan B. Brivio, actual presidente de la Contaduría de la Nación, cuyos enérgicos y acertados procederes le hacen acreedor al público aplauso

EL ANIVERSARIO PARAGUAYO



Concurrencia que asistió al concierto organizado por el Centro Paraguayo, en el salón de la calle Cangallo

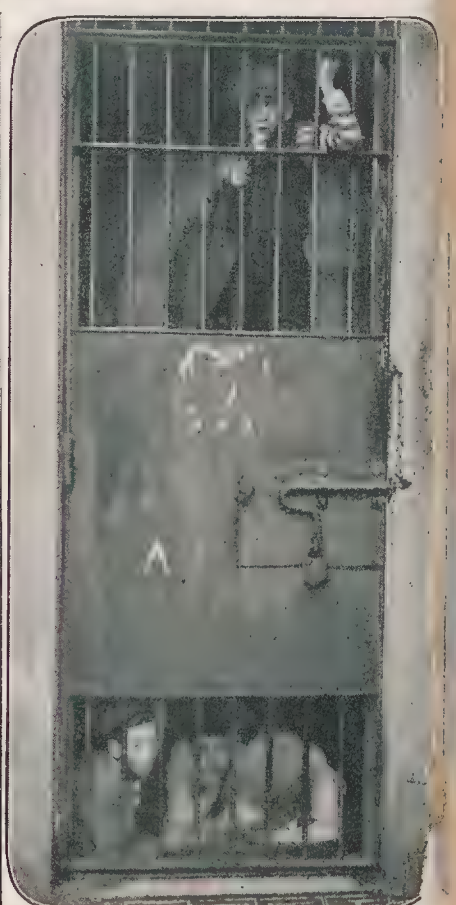
MONSTRUOSO ANACRONISMO. — LOS NIÑOS EN LAS PRISIONES ARGENTINAS



Un niño conducido con esposas a la cárcel, como un verdadero criminal



Grupo de pobres niños encerrados en lóbrego calabozo, por el "delito" de no tener quien los ame



En un calabozo de comisaría, donde los niños reciben, por cuenta del estado, lecciones de perversidad y corrupción de los adultos crapulosos, encerrados en su compañía

VAMOS A VER...

Serán publicadas todas las colaboraciones breves y que se reputen interesantes.

Se adjudicará semanalmente diez premios—uno de 20 $, uno de $ 10 y ocho de 5 $ a los autores de las colaboraciones que le gusten más al director.

En los sobres de los originales escríbase: Mundo Argentino.—Sección "Vamos a ver..."

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original, escrita y firmada con igual letra que éste.

Si, antes del pago de un premio, se comprobara la no originalidad de la composición premiada, la suma correspondiente ingresará en la caja "Colaboradores de Vamos a ver..." cuya existencia se aplicará a premios especiales que en oportunidad se anunciarán.

Colaboraciones del número anterior que han sido premiadas

Premio de 20 $

De actualidad, por José Antuña.

De 10 $

Callejera, por ¡Estaba rico!

De 5 $

Acabáramos, por A. Rueda; Crisis, por Zoé; No era zonzo, por B. Herrera; Mendigo art nouveau, por M. Gómez; Comentarios, por E. C. B.; Tentación, por Ave; En un sermón, por E. H. Nadlor; Muy del romanticismo, por Cuyanito.

DE BUEN HUMOR

—No hay nada—dice un médico—tan peligroso como una indigestión de agua.

—¿De veras?

—Una indigestión de agua puede ser mortal.

—Y si no—exclama otro—que lo digan los que se ahogan.

Paciente.

MURMURACIONES

La anciana señora de X., muy aristocrática, es aficionada a ponerse trajes descotados.

—¿Pero señor—decía la otra noche una de sus amigas.—Todos sabemos que esa mujer tiene pergaminos. ¿Qué necesidad hay de que los muestre a todas horas?

Carmen Q. A.

CONTRAPUNTO

En el calor de una disputa:

—¡Imbécil!

—¡Estúpido!

—¡Mamarracho!

—Voy a decirle a usted una cosa que nadie le ha dicho a usted todavía.

—¿Qué cosa?

—¡Persona decente!

Punterito.

CLASE DE HISTORIA

Maestra.—Juanito, vamos a ver, ¿quién fué Cristóbal Colón?

Juanito.—No lo sé, señorita.

Maestra.—¿Cómo que no? ¡Parece mentira!

Juanito.—Y, sin embargo, yo estoy seguro que a Colón le pasa lo que a mí. ¿A que no sabe él quién soy yo?

Zoé.

NOTICIA

En el diario de un vapor apareció la siguiente nota: «Hoy se emborrachó el piloto». Este, para tomar la revancha, escribió al día siguiente en dicho diario: «Hoy no se ha emborrachado el capitán».

Cabo de mar.

TENÍA RAZÓN

—Veamos, señor inspector, ¿a qué atribuye usted este considerable número de robos que se registran a diario?

—Sin perjuicio de mejor opinión de usted, lo atribuyo... al exceso de ladrones.

A. González T.

ACTUALIDAD

Un periodista interroga a un político a su vuelta de una provincia del norte, donde ha sido silbado estrepitosamente.

—¿Qué tal su recibimiento?

—Muy mal. Casi me apedrearon; pero lo peor de todo fué el terrible calor que hacía.

—Pues entonces diré en el periódico que tuvo usted un recibimiento calurosísimo.

C. Aicardi.

AVISO

Leo en un diario: «Se necesita una lavandera para casa de familia. En cambio de su trabajo se le dará lecciones de piano».

Aurora Monti.

EN UN COLEGIO

Profesor (dirigiéndose a los alumnos).—Vamos a ver: ¿qué desean ustedes para solemnizar la entrada del nuevo director?

Los alumnos (gritando a coro).—¡¡Una salida!!

M. C. Granados.

BROMA PESADA

Un verdulero iba montado en un burro, camino a San Isidro. De pronto es detenido por un individuo que le dice:

—¡Eh, amigo! ¿Quiere que le diga una palabra al burro?

El verdulero creyendo que era un loco se ríe y replica:

—Bueno, dígale nomás.

El otro se acerca al burro, le pone un cigarrillo encendido en la oreja y echa a correr.

El animal empieza a saltar y tira al jinete, quien se levanta enfurecido, e intrigado, grita:

—¡Pero, qué le habrá dicho a mi burro ese pedazo de bárbaro!

L. A. Miralla.

BUEN CLIENTE

En un juicio oral:

—Acusado, ¿tiene usted algo más que decir en su defensa?

—Sí, señor

—Hable usted.

—Que me tenga el señor presidente alguna consideración, atendiendo a que ésta es la séptima vez que me juzga.

Miramonte.

UNA PRUEBA

Leyendo cierto abogado en un libro de secretos naturales, que la barba ancha en el hombre era señal de ser necio el que la tiene, tomó una vela en la mano para mirarse al espejo, porque era de noche, y tanto se quiso acercar, que se quemó por descuido casi la mitad de la suya; viendo esto, tomó la pluma y escribió al margen del mismo libro: «Es cierto».

Núñez Veiga.

PARTE

Oficial de guardia.—Acaban de dar cuenta por teléfono, señor comisario, que un sujeto ha sido arrollado por un tren.

Comisario.—¿En dónde?

Oficial.—En la vía.

Comisario.—¿En qué vía?

Oficial.—En la del puerto.

Comisario.—Ah, creí que en la del ferrocarril.

H. Rodríguez.

¡QUÉ ESPERANZA!

Una señora que está de visita, sufre una repentina indisposición. Cuando se ha repuesto, le dice la señora de la casa:

—¡Qué susto nos hemos llevado! Se puso usted tan mala, que creíamos que se moría.

—¡Señora!—contestó la visitante.—Nunca me hubiera tomado esa libertad en una casa que no es mía.

Catalina G.

CHINGADA

Una señora, viendo que un joven la sigue hace tres horas, lo interpela:

—¿Pero, tanto me quiere usted que se sacrifica hace tres horas siguiéndome por toda la capital?

—No es sacrificio.

—¿Entonces?

—Es que no tengo nada que hacer hasta más tarde y el médico me aconseja que ande mucho.

Mateo L.

CHASQUEADO

Pregunta un señor a un botija de tres años:

—¿Qué te gustará ser cuando seas hombre?

—Yo no seré hombre nunca.

—¿Por qué?

—Porque soy niña.

Nueva Troya.

TRASQUILADO

Un fabricante de tabacos tenía la costumbre de comprometer a las personas más conocidas y de dinero, enviándoles cigarros, acompañados de una carta escrita en estos términos:

«Aunque no he tenido el honor de ser favorecido con su petición, me tomo la libertad de enviarle diez cajas de mi fabricación especial en la seguridad que sabrá apreciar su fino aroma. Adjunto también la «facturita» que asciende a cien pesos».

Un médico le contestó así:

«Aunque, afortunadamente, su salud no necesita mis servicios, me atrevo a remitirle diez recetas para casos de enfermedades corrientes, desarreglos gástricos, neuralgias, etc., convencido de que le serán de utilidad. Acostumbro a cobrar por mis recetas diez pesos, por lo que la suma de todas es de cien pesos, precio de sus exquisitos cigarros».

L. Colombo.

ANTE EL COMISARIO

—¿Cree usted que su marido, al matratarla, se hallaba bajo la influencia alcohólica?

—No, señor, se hallaba bajo un farol que hay en el patio de casa—contesta admirada la aludida.

Doza Gopemnin.

EN UN JUICIO ORAL

Acábase de juzgar a un asesino, y el tribunal ha dado su fallo condenando al procesado a la pena de muerte.

El presidente hace la pregunta de rigor en tales casos:

—Acusado: ¿tiene alguna observación que hacer sobre la aplicación de la pena?

—Una sola, señor presidente: ¡que yo no soy partidario de la pena de muerte!

Partiquin.

BIEN DICHO

Un pobre tintorero se presenta a prestar juramento ante la cámara con las manos teñidas de campeche, y apenas levantó una de ellas, le dijo el juez:

—¡Quítese usted los guantes!

A lo que contestó el tintorero con viveza:

—¡Póngase usted los anteojos!

Mona Lisa.

AVISO

Viuda se casaría con persona a quien le queden bien los trajes de su finado esposo. Horas de prueba de 3 a 5 p. m.

Martín.

ENTRE ESPOSOS

La esposa al marido:

—Eres el hombre más haragán que he conocido; no llevas en tu vida nada limpio.

—¡Pero, mujer, tu no has mirado mis bolsillos!

Un iluso.

VAMOS A VER

Hablan dos políticos:

—Nadie puede presentarse a la mesa receptora llevando bastón, rebenque o palo cualquiera.

—Lo que es conmigo tendrán forzosamente que hacer una excepción—dice un individuo que oye al que habló primero.

—¿Por qué?

—Pues... porque tengo una pierna de palo.

Un inválido.

MADRE E HIJA

—¿Por qué será, mamá, que a las de X. les llaman «automovilistas»?

—Porque andan en automóvil.

—Y entonces, a nosotras nos llamarán «cochinistas» porque andamos en coche.

L. Rantifuso.

¿QUÉ HORA ES?

Un sujeto llama a un pibe y le dice:

—¿Quieres ir a ver en el reloj de la esquina qué hora es?

El pibe (que vuelve al rato).—Señor, son las cuatro y un pedacito.

Jacinto Lucca.

UNA RÉPLICA

Un zapatero se acaba de operar en un hospital. El practicante le ciñe fuertemente una venda, y como el paciente se siente molesto, dice al practicante:

—Hombre, me está usted poniendo esa venda demasiado apretada.

—No está apretada—contesta el practicante.—¿Usted qué entiende de esto?

—¡Cómo!—replica el zapatero.—Entonces cuando yo llevo unos zapatos a un cliente y me dice que le aprietan ¿no debería tampoco hacer caso?

K. Kumen.

BUENAS Y MALAS NOTICIAS

Entre dos estudiantes:

—Hola, Pedro, ¿cómo te va?—dijo el uno.

—Muy bien, Antonio. Me casé después que concluimos la carrera.

—Buena noticia.

—No muy buena, porque era una mujer perversa.

—Mala noticia.

—No muy mala, porque me trajo la dote de cuatro mil pesos.

—Buena noticia.

—No muy buena, porque empleé ese dinero en carneros y se han muerto de la viruela.

—Mala noticia.

—No muy mala, porque he vendido las pieles y he sacado más de lo que ellos habían costado.

—Buena noticia.

—No muy buena, porque llevé el dinero a casa y la casa se quemó.

—Mala noticia.

—No muy mala, porque en ella estaba mi mujer y se quemó también.

Churrinche.

DISTRACCIÓN

Un señor estaba quejándose de la poca suerte que había tenido en ciertos negocios, y concluyó diciendo:

—Con tantos contratiempos, me siento acoquinado.

Entonces, una señora, distraída, exclamó:

—¡Dichoso de usted que tiene adoquinado! En nuestra calle aun no lo han puesto.

J. C. Alderete.

CHISTE

El siguiente párrafo está sacado del diario de un viajero inglés:

«Hacía tres días que iba errando a la ventura por la isla, indeciso acerca de si estaba desierta o habitada por salvajes, cuando tuve la dicha de descubrir, a orillas del mar, una horca con su ajusticiado pendiente de ella.

Entonces exclamé:

—Gracias a Dios que me hallo en un país civilizado.

Juan Pueblo.

CASO CURIOSO

Un empleado de un ministerio va a consultar a un célebre especialista.

—¿De modo—le dice éste—que sigue usted sufriendo los mismos terribles insomnios?

—Sí, señor, y lo más raro es que ahora no consigo dormir ni en la oficina.

Melogano.

VERÍDICO

De una novela en publicación:

«El ladrón dió muerte al escribano con una maza enorme y se apoderó de su cartera y de su reloj.

Pero en aquel instante se sintió presa de un aturdimiento imprevisto.

¿Cuál de mis lectores, después de un hecho semejante, no ha experimentado una sensación análoga?»

Andrés González.

MUSICAL

Diálogo entre Carlitos que tiene ocho años y un amigo de la casa, aficionado a la música:

—Carlitos, ¿te gusta el solfeo?

—No; a mí me gusta el sol lindo.

Juan Croci.

ENTRE AMIGOS

Háblase de un novelista que tiene más que ver con los tribunales que con las buenas costumbres.

—Es un escritor—dice uno—a quien se cita con frecuencia.

—Sí; ante el juzgado.

El amigo.

CONYUGAL

Dice una señora a su esposo:

—Cuando éramos novios, no esperé nunca verte volver a casa a las dos de la madrugada.

—Tampoco me verías ahora si te acostaras más temprano.

Es claro.

EN CLASE

El maestro escribe un número en la pizarra y le pregunta a un alumno:

—¿De dónde sale este número?

—De la tiza—contesta el alumno distraído.

Maestrita.

VAMOS A VER...

(Continuación)

EN UN JUZGADO

Juez.—Habiéndose comprobado su culpabilidad referente al pago de cien pesos falsos que usted ha entregado al médico que ocupó en la asistencia de su papá, el juzgado ha dictado auto de prisión en su contra.

Acusado.—Señor juez: tengo que alegar que si el billete resultó falso, falso también ha sido el médico, ya que aseguró que haría marchar al enfermo levantándolo de la cama, y, sin embargo, es falso; pues el enfermo ha muerto...

Médico.—No niego, señor; he asegurado que el enfermo se levantaría para marchar, y creo no haber faltado a la verdad; sin embargo, se pretende pagarme falsamente...

Romualdo Allende.

INOCENTE

—Hace cuatro meses que entró usted aquí a pensión y todavía no me ha dado un centavo.
—¿No me dijo que estaría como en mi casa?
—Sí.
—Pues en mi casa nunca he pagado nada.

Luis Gómez.

CRÍTICA Y MODA

—¿Le gustó el drama, señora?
—Lo encuentro absurdo.
—¿Y por qué?
—¡No se fijó que entre el primero y segundo acto pasan tres meses y la primera actriz lleva el mismo sombrero de antes!

Figurín.

¡QUÉ FRESQUETE!

Un individuo caminaba de prisa por la calle y parándose de pronto frente a una sastería, en cuya puerta se hallaba el dueño, le pregunta:

—Dígame, señor: ¿tiene sobretodos de buen abrigo?
—Sí, señor, y muy buenos.
—Permítame que lo felicite, pues con el fresquete que se siente, no puedo menos de hacerlo.

Macaco.

DESPUÉS DEL BAILE

Dice doña Robustiana a su hija:

—Supongo que Pepe, con quien has estado bailando toda la noche, te habrá declarado al fin sus intenciones.
—Sí, mamá, a última hora me las ha declarado.
—¿Y qué... qué te ha dicho?
—Ha declarado que jamás se casará.

Montevideana.

ENTRE AMIGOS

—¿Sabe usted que don Samuel, el prestamista, ha entregado su alma a Dios?
—Cierto que don Samuel la habrá entregado; lo que yo dudo es que Dios la haya recibido.

Un principiante.

¡QUÉ SALIDA!

Un alcalde de campaña que no podía pronunciar ni sabía cómo escribir el endiablado nombre de una colonia alemana para la cual le pedían un pasaporte, preguntó al interesado:

—Diga, amigo: ¿no le sería igual a usted irse a otra parte?

Santafecino.

EN UNA SOCIEDAD

Se habla de lo caro que está el calzado.

—No estoy conforme—dice uno.—Miren este zapato. ¿Está bien hecho? ¿Sí? Pues, cinco pesos me ha costado.

Todos se asombran de aquella baratura, pero, el mismo individuo sacando el otro pie, agrega:

—Este otro, otros cinco pesos.

Intermedio.

EN EL JUZGADO

Pregunta el juez al acusado.—¿De modo que confiesa usted haber fabricado moneda falsa?

El acusado.—Póngase el señor juez en mi lugar: ¿qué hubiera hecho si careciese de moneda buena?

X. X. X.

ERA ANDALUZ

Un autor decía al director de escena que diese a la decoración toda la verdad posible.

—Pierda usted cuidado; el río del tercer acto será verdadero y el agua correrá por el cauce.
—Gracias—replicó el autor—pero desearía otro detalle para mejor ilusión.
—¿Cuál?
—Quisiera que dentro del agua hubieran pejerreyes.

Calamitco.

VERÍDICO

Una señora espera el tranvía en la esquina de una confitería. Pasan todos completos, y ya cansada de estar de pie, toma asiento junto a una de las mesitas de la confitería colocadas en la vereda.

Un mozo, creyendo que va a tomar algo, se le acerca y le dice:

—¿Qué desea tomar, señora?

La señora (distraída).—Un tranvía:

E. C. C.

¡COSAS DE MUJERES!

La eminente doctora Harpiez acaba de operar a una paciente para lo cual había tenido que abrirle el vientre «de par en par».

—Doctora—le interroga entonces una ayudante.—¿Empezaremos a coser?
—No; nada de costura por ahora, porque la próxima semana será necesario abrir otra vez, ¡préndale no más con unos alfileres!

M. Gómez.

POLICÍA LITERARIA

Eduardo A. Cenoz denuncia a Soberana, por plagio de la composición «Una pregunta» copiada de P. B. T. El premio de diez pesos con que había sido favorecida dicha composición pasa, pues, a la caja «Colaboradores de vamos a ver...»

Por la vida sana

Mundo Argentino procura difundir el conocimiento y la práctica de la vida higiénica para asegurar la salud y la moralidad del individuo, la felicidad del hogar y el perfeccionamiento de la especie.

Desde que renuncié, hace algunos años, a usar pantalones y chalecos de lana observaba en mi organismo un aumento de apetito, el que dura mucho tiempo después de esta decisión. En efecto, los vestidos muy calurosos y apretados impiden las funciones de nuestro organismo. Es conveniente, sin embargo, no cambiar de repente la ropa de lana por otra antes de haber fortalecido el cuerpo con baños y fricciones diarias. Si se continúa temiendo el enfriamiento, se puede, para llevar a cabo la transición, comenzar por colocarse la camisola de lana sobre su camisa; o si no comenzar llevando dos camisas por ejemplo: colocándose una camisa ordinaria, debajo de la camisa; (pero no os pongáis la ropa con que dormísteis en la cama). Puede tomarse las mismas precauciones en viaje, o cuando el frío es muy grande. Pero si se ha practicado durante algún tiempo mi sistema de fricciones, no se resfriará fácilmente y se concluirá por encontrar la lana muy desagradable a la piel. Antes usaba mi esposa, para protegerse del invierno, siete vestidos interiores; ahora no se pone aún en el rigor del invierno sino una combinación firme de punto de lino. Sin mencionar lo que ha ganado en facilidad de movimientos, ligereza y bienestar físico, su ropa interior tan sencilla le ha hecho hacer una economía de los dos tercios de lo que gastaba antes. Sin embargo, cuando se dedica en tiempo frío a ejercicios físicos de larga duración, en ese caso solamente conviene usar un chaleco de lana de punto separado (*sweater* en inglés). Actualmente, entre los doctores del extranjero, se hace una campaña contra la ropa interior de lana; los que ya estaban condenados por Hipócrates y por el venerable higienista *Moise*. El doctor J. L. Milton (cirujano jefe del St. John's Hospital de Londres), escribe que ha luchado durante quince años en favor del chaleco y calzoncillos de tela. Ha convencido a viejos mayores de 80 años a abandonar la franela y la lana, y a pesar del clima húmedo de Inglaterra nunca ha constatado las causas que se atribuyen generalmente a este cambio. El doctor C. P. Ambler (Ashville New-York) refería en un congreso médico que había operado sin inconveniente la sustitución de la ropa de hilo en vez de la lana en los niños de siete años como en los viejos de sesenta, y esto en pleno invierno. En Rusia y en Siberia, como también en las regiones más calurosas del Africa, se usa exclusivamente el lino para la ropa interior. Se ha hecho mucho ruido en estos últimos años respecto a una clase particular de tejidos, destinados al mismo uso. Leemos en los reclamos en cuestión, que la fuerza de reacción de la piel disminuye con el empleo de la ropa interior de lana o de algodón (nótese que no se hace mención del lino). Se dice en seguida: «Con el empleo de los tejidos XX, evitará usted el relajamiento y aspereza del cutis, la cual es la condición esencial de la salud y de la fuerza; interrogue al respecto a su médico». Tienen mucha razón; en efecto, si se impide la aspereza de la piel se obtendrá la salud y la fuerza. Pero como he demostrado más arriba, es preciso, para eso, otras cosas; no basta con llevar cierta marca de tejidos, por muy buena que sea. El sistema más higiénico y cómodo para la gente que trabaja a todo aire, tales como los campesinos, obreros empleados en las construcciones, etc., sería no llevar otra cosa durante el verano, que pantalones cortos y un paletó para salir del trabajo. Siendo que los luchadores del circo, tienen derecho de aparecer en público, con el torso desnudo, no veo por qué nos ofenderíamos de ver hacer la misma cosa a los obreros, por razones de higiene. Debería a lo menos hacerse la prueba. Estoy convencido que dentro de cincuenta años esta idea se realizará; ¿por qué no comenzar desde luego? ¿Por qué no echar a un lado, en el acto, el horrible y pesado chaleco de lana, hediondo e impregnado de mugre humana? Antes, en el curso de mis largos paseos, remando en las aguas del Sund, he decidido con frecuencia a los marineros a sacarse la camiseta de remadores. El viento azotaba nuestros cuerpos sudorosos: estas rudas caricias no hacían sino aumentar nuestro ardor y bienestar físico.

Por otra parte se debe evitar de un modo general todo traje apretado: la ropa abotonada demasiado corta, cuellos que embarazan los movimientos, y mangas estrechas. Las ligas elásticas, aun las que parecen sueltas, pueden entrabar la circulación en las piernas y hacen un mal considerable. Se hizo costumbre entre los pituelos de Copenhague, apretarles la cola a los perros con un hilo elástico. Los pobres animales no se resentían al principio, y sus amos no notaban el fino lazo, pero al cabo de algún tiempo la cola perecía y caía.

J. P. MÜLLER.

BAÑOS DE ORO

Un periodista parisiense, que ganó 90.000 pesos especulando en acciones de ferrocarriles, cobró el dinero en oro, lo llevó a su casa, y durante mucho tiempo durmió sobre el montón de monedas.

El hombre estaba tan contento con su buena suerte, que sentía un placer indescifrable al despertarse por la mañana en aquellas nuevas arenas de Pactolo.

Paganini, el violinista, exigía que se le pagase el importe de sus conciertos en oro, y cuando cobraba, se lavaba materialmente las manos con las monedas.

Las Memorias del Diablo, escritas por el novelista francés Soulié, alcanzaron tal éxito, que los editores pagaron al autor diez mil pesos oro por el primer tomo, y al verse con tanto dinero, Soulie lo llevó a su alcoba, lo echó en una bañadera y se pasó media hora jugueteando con los pies en las monedas mientras se fumaba un habano gigantesco.

EL COSTO DEL CANAL DE PANAMÁ

En un comunicado remitido por el gobierno americano a todos los periódicos de Wáshington, se dice que los gastos ocasionados por la construcción del Canal de Panamá ascendían en 30 de junio del año pasado a más de 750 millones y medio de pesos, y que llegarán probablemente a 800 millones al acabarse la obra.

Cuando los Estados Unidos acometieron la gigantesca empresa en 1901, un comité de ingenieros fijó en 350 millones el coste aproximado. Cinco años después otra comisión rebajó la cifra a 300 millones. En 1908, cuando los ingenieros americanos poseían ya, después de cuatro años de obra, datos más exactos, una nueva comisión aumentó la cifra a 450 millones. Por lo tanto, comparando los primeros cálculos con los últimos resulta una diferencia de más de mil millones.

Volviendo al balance del 30 de junio, las obras de construcción propiamente dichas, han costado hasta esa fecha 470 millones. El saneamiento de la zona ha obligado a hacer un gasto de 40 millones y en la desviación de la vía férrea se han invertido 20 millones. Los ingenieros se engañaron en sus cálculos por el alza imprevista de los jornales. Los maquinistas que dirigen las excavadoras cobran 500 pesos mensuales, habiendo sido contratados por 300; los ingenieros que debían percibir como máximum 700 pesos al mes, cobran 1.300. Por último, las modificaciones de los planos primitivos han ocasionado gastos considerables. Por ejemplo, el ensanchamiento del Canal de 200 a 300 pies en el Corte de Culebra representa un aumento de gastos de 25 millones.

La gravedad de la herencia alcohólica aumenta por el mal ejemplo en la vida de familia y hábitos perniciosos, y de estos hogares es de donde surge la mayoría de la clase criminal.

BOLÍVAR Y LAVALLE

El mal humor de Bolívar—dice el historiador colombiano Aníbal Galindo—aumentaba hasta la grosería cuando no tenía a mano enemigos a quienes combatir. En cierta fiesta que se daba en Guayaquil, se derramó por casualidad un poco de vino del vaso del comandante Lavalle y manchó el mantel. Bolívar, que no sabía tolerar nada, alzó la voz y dijo enojado:

—¿Dónde está usted acostumbrado a comer, señor oficial, que ensucia la mesa?

Lavalle le contestó en el mismo tono muy alterado:

—En mi casa, excelentísimo señor, donde se cambia el mantel todos los días.

Rojo de ira, Bolívar enmudeció; pero cuando vino del Perú, mandó arrestar por causas fútiles al ya coronel Lavalle; éste se negó a dejarse arrestar. Bolívar, que conocía el temple del alma del argentino, disimuló y dijo: «El coronel Lavalle es un león a quien hay que tener enjaulado para soltarlo el día de la batalla».

LA CAZA DEL LAGARTO

En el Perú y en Colombia los negros se valen de un medio muy singular para cazar a los grandes lagartos, cuya carne es muy suculenta. La iguana tiene dos debilidades que de continuo exponen su vida: es muy sensible a la música y lo mismo que al loro, le gusta que le rasquen el cuello. El cazador, provisto de un palo en cuya extremidad hay un nudo corredizo, comienza a silbar suavemente una monótona melodía y rara vez deja la iguana de acudir al llamamiento. El reptil infla el buche, mueve la cabeza y se acerca poco a poco; finalmente queda inmóvil, como extasiado. Entonces el cazador, siempre silbando, aproxima la pértiga al reptil, le toca con suavidad el cuello y le echa traidoramente el lazo oprimiéndolo hasta estrangularlo.

PARA PENSAR

La sabiduría sirve de freno a la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos.



—¿Qué hacía usted en su empleo anterior?
—Nada, era el botones de la casa.



—¿Es tierna esa carne?
—Sí, señor; más tierna que el corazón de una mujer.
—¡Ah! entonces deme un kilo de chorizos.



—¿Qué piensa usted de mi vestido?
—A decir verdad, por aquí, veo tan poco de él que me es imposible juzgarlo...



—Gracias por estos diez centavos para el día de mis cumpleaños. Quisiera llegar a centenario para poder reunir diez pesos.



—Ahora no fumo más que una pipa por día.
—Estará usted economizando, ¿verdad?
—Yo no; los individuos que antes me convidaban con cigarrillos.



—¡Caramba, en cuanto llegue a casa haré componer los agujeros de este paraguas!



—Cree usted que una dieta de pescado vigoriza el cerebro?
—¡Como no! Yo creo que el acto de ponerse en camino para ir de pesca necesita un gran esfuerzo de imaginación.



Visión del porvenir:
—Mirá, se acerca el verano, che. Todos los ricachos han comenzado a emigrar de la ciudad.



—Vea, amigo, yo sólo puedo curarlo si usted promete hacer todo lo que yo le diga.
—Lo prometo.
—Bueno, empiece por pagarme los honorarios atrasados.



—Yo no fumo más que un cigarro al día.
—Pero lo debeś fumar "todo" el día.



—Pero, hermana, ¿cómo se ha atrevido a bailar el tango?
—No sabía que era pecado.
—¡Bueno! En penitencia, bailará usted la furlana.



—Ya he avisado a mamá que está aquí el médico.
—¿Y qué ha dicho?
—Ha dicho: ¡qué visitas tan inútiles!



—Te equivocas, no son 14 pesos lo que te debo, sino 13.
—Creí que el señor era supersticioso...



—Yo quedé lisiado en Paraguay, cuando la guerra.
—Yo también, en Paraguay esquina Cerrito. ¡Me atropelló un automóvil!



—¡Mira ese nuevo diputado, con el discurso que va a pronunciar!
—¡Vaya un peso que lleva!
—Pues más les pesará a sus oyentes.



—¿Se figuran ustedes que son dos hombres riñendo?... Pues son... dos sirvientes limpiando el cristal de una vidriera...



—¿Has oído que Kondra tiene agua en la cabeza?
—Ya lo previne yo, cuando me anunció su propósito de bañarse.



—¿Cómo quiere que le corte el pelo?
—En silencio.



—¿Te parece bien abrazar a la cocinera?
—¡La he confundido contigo! Y cuando se lo he dicho, se ha enojado.



—En el caso de tener que pedir plata prestada, pídesela a un pesimista.
—¿Por qué?
—Porque el pesimista jamás espera que se la devuelvan.



—Ya sabes que yo no soy exigente: quiero poco, pero bueno...
—¿Y qué es lo bueno para ti?
—Una botella de "Moscatel Rosado Palencia".



—¿Y se disponen ustedes a celebrar las fiestas del 25 de Mayo?
—Sí; ya hemos encargado a la casa Longobardi, Bolívar 280, las banderas para el adorno de la casa.

EL AMOR, EL HOGAR Y LA MUJER

Lujomanía

He notado que el lujo ha llegado a tal extremo que ya no se saluda a la persona sino al traje; ha degenerado ya en «manía»; ya se ve que para la mujer no existe un buen esposo si no le proporciona vestidos lujosos. Si es un empleado, que tiene un sueldo como para llenar las necesidades del hogar, la esposa no se encarga de observar de dónde salen los gastos que ella le proporciona. Y así llegan los maridos hasta el robo; y después son las lamentaciones, cuando es ya demasiado tarde.

Sencillez.

La envidia

Cuando se siente el aguijón de este verdugo, es porque el espíritu está bajo una influencia malsana, de egoísmo tirano. Desgraciado el ser que se ve dominado por esta ponzoñosa serpiente; comete las iniquidades más desastrosas, las más villanas y bajas acciones. La envidia es una plaga maldita que azota a la humanidad, es una de las tantas hadas que forman el cortejo de su majestad El Mal.

El lujo

«Se pierden más mujeres por el lujo que por el amor»—ha dicho un pensador.—¡Cuántas y cuántas víctimas ocasiona! Hoy, a mi ver, ha llegado a un grado extremo; es menester que la razón sana de la Filosofía se imponga contra esta fiebre producida por las pompas y por la sed de aparentar; se halla enfermo el cerebro, es decir, está atrofiada la razón. «El lujo» es hijo de la «Envidia»; es entonces uno de los tantos bacilos que degeneran a la humanidad.

Isabel M. de O.

¡Oh, lujo! maldito abismo, en el cual van a sepultarse hasta los seres más humildes, empujados por esa corriente mundana que corrompe al más enérgico moralista: «El qué dirán». Esta terrible frase, ante la cual se postran las demás consideraciones, es la irresistible fuerza que arrastra las generaciones hacia el profundo caos maldito del eterno lujo, como las aguas de un río desbordado de su cauce, arrastra los árboles de la orilla.

Así; el maldito labrador, que, en un desierto lejos del mundo y de sus seducciones, consagró la mayor parte de su provechosa existencia en hacer brotar de la tierra la dorada espiga, viene a este antro de corrupción que llaman ciudad a pasar tranquilamente los días que le restan de vida, encuentra en su camino caras hoscas que miran con desprecio su pobre blusa y su raído pantalón, y gasta los pocos pesos que acumuló a costa de su sudor, para aparecer bien, delante de los encopetados señores de levita, hasta que concluidos sus ahorros e inutilizado para trabajar encuentra la muerte en un hospital. Así también el empleado, ese eterno mártir del lujo, gasta la mayor parte de su sueldo para dar su ofrenda en aras de ese tirano, mientras en su hogar se padece miseria. ¿Y a quién debemos culpar de todo ésto? A nosotros mismos y a la sociedad, pues es ella, la que con sus temerarios juicios y con sus críticas, convierte en suicida al hombre honrado que se deje arrastrar por su corriente.

La generalidad de los hombres miran en la mujer a la propagadora del lujo, pero yo digo lo que mi colaborador anterior, pues ellos «ven la paja en el ojo ajeno y la viga en el suyo no». ¿Acaso ellos también no llevan lujo?

Ubaldo López.

Si Vd. amó, ¿por qué dejó de amar?

Porque fuí un loco al amar tanto...

Mi corazón había levantado un altar a una «Rubia» poseedora de todos los atractivos y encantos que pueda tener una mujer; desde que la vi, la ame pero... en silencio, no quería declararle mi amor hasta que mi posición me permitiese no imponerle sacrificios; sabe que mi cariño es sincero y noble; no obstante, no me ama, y quizas no me ha querido nunca.

¿Será su corazón estéril como el desierto de su nombre?

Tengo que dejar de amarla aún sabiendo que no le soy indiferente; y agradeceré a los amables lectores que me ayuden dandome un consejo sobre el particular.

Reinaldo.

A los veinte años conocí una niña, su físico no era lindo (tampoco es el mío); pero sus condiciones morales eran hermosisimas. Cuando solo nos faltaban pocos días para casarnos, una rápida enfermedad me la arrebató...

Desde entonces hasta ahora han pasado diez años, y no he podido encontrar otra que reuna aquellas hermosas prendas de que ella estaba poseida. Soy pobre y no busco riqueza ni hermosura. ¿Habrá alguna lectora de «Mundo Argentino» que se crea capaz de consolar a

Soltero y triste?

Dejé de amar, sencillamente porque comprendí, después de dos años de relaciones, ¡que era fea!

En todo ese tiempo no abrigaba sino la firme creencia de que jamás llegaría a dejarla.

Hoy veo lo variable que son los deseos de los hombres.

¿Cómo es posible que amando se reconozcan los defectos del ser amado?

Sin embargo, es bien cierto, la quería con pasión, pero veía que su cara no haría feliz a un esposo.

El Tímido.

¿Qué es lo primero para ser buena esposa?

Primeramente no exigirle imposibles y sí amarlo verdaderamente, ser la voluntad de su pensamiento y el latido de su corazón.

Rosa M.

1.° Amar a su compañero con un cariño sin límites, que haga del matrimonio una eterna luna de miel.

2.° Sincera y franca, teniendo el tacto suficiente para disimular los pequeños errores que su esposo pueda cometer.

3.° Economica y trabajadora, enemiga del lujo y muy mujer de su casa.

4.° Despojada de falsos convencionalismos y amante de los niños, las flores y los pájaros.

Carácter.

Inclinación a la maternidad, función que armoniza sus instintos naturales de mujer.

Amar y sufrir a su prole con sacrificios y cuidados.

Culta en el trato.

Amable, cariñosa y fiel a un esposo digno de los mismos afectos.

Orden y esmero en el cuidado y administración del hogar.

Consejera, aliento y esperanza del esposo amado en los momentos de reveses en la lucha por la vida.

Modesta y adaptable de corazón, a las comodidades modestas y humildes, ofrecidas por el trabajo y los medios del esposo.

Estos caracteres morales los creo suficientes para admirar a la mujer que corone su felicidad como buena madre y esposa, dando virtud y ejemplo en la sociedad; desearía me tocara en suerte una mujer así.

A. J. Marcheschi.

La primera condición para ser buena esposa es casarse a base del cariño. La joven que va a casarse debe tener plena y segura convicción de que su cambio de vida no es efímero sino duradero y eterno. Las condiciones son muchas para ser buena esposa, pero considero la primordial a juzgar con mi poco criterio de joven, que el cariño al esposo en el hogar estaría por sobre todo para que haya en él dicha y felicidad. La mujer que reconozca lo que es el matrimonio y deberes que trae consigo.

El cariño hace y puede todo: La esposa cariñosa es capaz de educar moralmente a su cara mitad.

¿Es posible que si vigila su casa, consuela y mitiga las penas que causan contrariedades al esposo, que le ofrezca una caricia cuando retorna fatigado del trabajo, que le reciba con los brazos abiertos y una dulce sonrisa en los labios, es posible que no haya paz y felicidad en ese hogar?

El amor lo haría todo, pero tiene sus enemigo? el lujo, la sed del brillo y las malas companías, pero todo lo sofrena el cariño de la mujer-esposa. Yo diría muchísimas cosas más, pero espero una oposición de los lectores de «Mundo Argentino» o una aceptación a mis ideas. Advierto que soy joven de veinte anos, fea, quizás, pero no titubearía si encontrara un joven de mi agrado en ofrecerle un cariño ardiente de esposa y un hogar según mis ideas.

Márgara.

CONFIDENCIAS

A Ibis Nostálgico:

Dice usted: Vivo envuelto en un velo mortal de tristezas, errante y sin afectos, pobre y desilusionado. ¿Tan joven—digo yo—y tiene ya tanta descepción de la vida? Creo que es joven, porque, de ser hombre de edad madura, no se expresaría en estos términos, salvo, en el caso de mediar grandes dolores. A su edad—por lo que deduzco de su escrito, debe tener de 20 a 25 años—no es posible tener grandes dolores, grandes desengaños; y aún en el caso de que sean posibles, no son para postrarlo; antes, al contrario; pues cada dolor es un estímulo, cada desengaño una lección y cuanto más estímulos y más lecciones adquirimos, más se fortalece el carácter; **más viril se vuelve el alma para las luchas de la vida.**

Un alma quiere usted, que le aconseje, que le infunda bríos; pues bien, yo se la daré; esta alma se llama *trabajo, deber, ocupación*. Trabaje usted con ahinco, poniendo en ello sus cinco sentidos.

A Helle:

Si sus padres ignoran las simpatías o amor que ha despertado en usted el «joven médico» y cree que no será feliz en matrimonio con el candidato propuesto por sus padres, en mi modo de pensar, su mejor resolución sería: confesar a sus padres el estado de su ánimo y éstos mejor que nadie, verdaderos guardianes de la felicidad de su hija, sabrán adoptar una resolución que no afecte su bienestar futuro.

A. V. K. Nora.

A Helle:

Usted ama a un joven que pocas veces ha visto, e ignora si él le corresponde. Hay otro que la pretende y al cual usted no profesa más que amistad. A mi parecer, sería mejor que se comprometiera con el que la ama, que el sentimiento de la amistad puede convertirse en amor; y no esperar por que si el otro en tres años no le ha declarado sus sentimientos es porque no siente amor hacia usted.

Esto opina

María Alicia.

A Sande Lilly:

Por tu publicación referente a beso que de ti solicita tu obsequiante, llego a las siguientes conclusiones:

1.ª El joven que de ti exige ese beso, *como prueba de amor*, no te ama de corazón, ni con pureza, y traduzco que sus intenciones son las de alcanzar algo, para pedir más.

2.ª Cuando dos seres se aman con amor verdadero, infinito y santo, ni él pide un beso, ni ella lo niega; instintivamente y con la mayor naturalidad, así como la sombra sigue al cuerpo, se besan efusivamente por la atracción de sus almas, en la primera ocasión que se les presenta, y recién se dan cuenta de haberse besado, cuando ya la cosa no tiene remedio.

3.ª Mi consejo es: que nunca debes acceder a semejante pedido.

Tu amiga

M. Rosa.

A J. M. Nodilapa:

Si una mujer le ha dado un desengaño ¿por qué nos juzga a todas del mismo modo?

Por lo pronto somos cuatro que estamos plenamente convencidas de ser capaces de formar y atender un hogar; ya ve que hay excepciones como en todas las cosas.

¿No le parece que nos ha juzgado con demasiada severidad?

Conteste a

Las cuatro rubias.

A Sandle Lilly:

Para solucionar tu *caso*, puedes consultar los versos que copio, de un inspirado poeta argentino:

Tiemble la hermosa cuando triste al lado
de su querido, el corazón le lata,
que contra el ruego de un amante amado,
es imposible que el rubor combata.
¡El primer beso a la modestia hurtado,
el primer nudo del pudor desata,
que arrancada a una flor la primer hoja
un hálito del viento la deshoja!

A. Ce. Ese.

A Sandle Lilly:

En su confidencia usted dice «la niña que se estime no debe besar a un joven», así lo creo yo, y lo pensarán las que como nosotros tengan juicio. Usted misma lo piensa, y ¿qué necesidad tienen entonces de pedir consejos? Obre como le dicta su conciencia, pues ésta siempre guía con más claridad que el corazón.

Donde existe «verdadero amor hay mucho respeto», y un joven que pide a una niña esas «pruebas de cariño» (que dicho sea de paso yo no las considero como tales), le demuestra que ni la ama ni la respeta.

La mayoría de la juventud actual toma el «amor» como un entretenimiento «para no aburrirse» y cónstele a usted y a otras tantas, que en estos casos no hay amor y por lo tanto no puede haber respeto de ninguna parte.

Créame usted, Sandle Lilly, su joven, si en realidad usted cree que la ama, le solicita esa prueba de cariño para ver seguramente hasta qué punto es usted débil, pues un joven que desea casarse con una niña quiere conocer todos sus ideas y modos de obrar; no se deje vencer, sea fuerte y hágase respetar si quiere ser feliz en el futuro.

Quizás alguien le aconseje que siga los impulsos de su corazón, pero yo le digo que haga lo que le dicta su conciencia, pues ésta aconseja muy bien, aunque a usted en este caso le parezca lo contrario.

Me agradaría saber si al final mis consejos fueron los que usted ha seguido. ¿Me complacerá? Así lo espera

The pink lady.

Señorita Pérezmillanense:

He aquí una persona que aprovechando de un momento de ocio se dispone a contestar la pregunta que usted hace, después de una breve confesión en el último número de «El Hogar».

Como usted soy mujer y como usted creo que todas tenemos nuestro ideal, pero también piensa que podemos llegar a amar a un hombre muy distinto al que en nuestra juventud soñáramos tan sólo porque supiera comprendernos y encontráramos en él condiciones que varían según el criterio de cada una. En cuanto a lo que usted llama sacrificio, yo le diría deber: ¿a qué mujer noble y digna podría ocurrírsele quitar el novio de otra? Si su romanticismo (porque sus líneas revelan que usted es muy romántica), la hizo amar a un hombre que no era libre, deber suyo es ocultarlo. ¿Qué ganaría usted con contarlo? Si ese hombre quiere a otra, sólo tendría lástima de usted (y esto pensando lo mejor), cosa que ofendería su amor propio, de manera que no puede llamarse sacrificio lo que se hace por deber o conveniencia propia.

Así opina

Una observadora.

A Laura Uruguaya:

En el número anterior de esta simpática revista he leído con dolor su confidencia, que parece emanar del corazón de un héroe. No dudo que al expresar sus sentimientos, lo hace después de someterse a una prueba inaudita, que prueba la nobleza de su carácter, a la par que revela sus sentimientos conscientes a cualquier sacrificio **en pro del ideal...**

Me he visto como usted en un trance, en el que tuve que reunir todas mis energías para desechar de mi imaginación, todo sentimiento que me hiciera recordar lo pasado y lo he conseguido no con la soledad sino con la amistad que me brindaban amigos buenos y generosos.

Si usted sigue mi consejo a buen seguro, que desechara de su memoria la melancolía que pierde a tantas almas nobles y generosas.

R. Ocampo.

A Noche Triste:

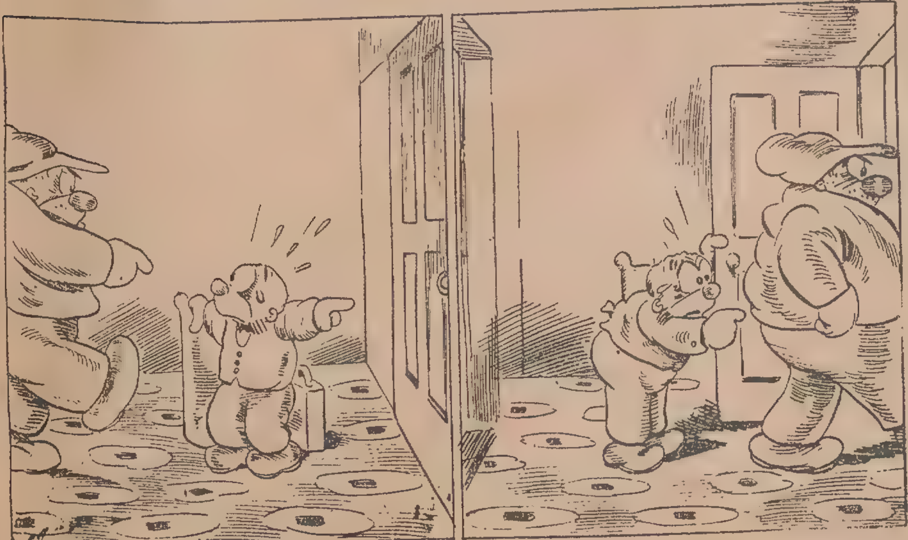
Aficionado como el que más al «Mundo», pero no por ser mundano, sino porque es «Argentino», devoraba con avidez sus columnas, cuando de súbito tropecé con tus comedidas y alentadoras frases que me diriges y que agradezco de corazón.

Es verdad que el mar después de sus bruscas sacudidas que el huracán le imprime vuelve a tornarse manso y tranquilo, pero no me negarás tampoco, mi consoladora Noche Triste que tiene el mismo, sitios que, a pesar de la calma, se mantienen en continua excitación y furia como bien lo saben los marinos experimentados que cruzan el Golfo León, por ejemplo, tal como el mar es la humana vida. No obstante esto, tus palabras han retemplado en algo, mi agobiado espíritu, máxime viniendo de un triste como yo, porque efectivamente los que sufren se comprenden aun sin hablar y nadie compadece mejor una pena del prójimo que aquel que la ha sufrido. Así, pues, sin tener el placer de conocerte personalmente, me eres fuertemente simpática, Noche Triste, y ya que el dolor nos ató con sus duras cadenas a su carro, para salpicar con lágrimas el camino, asidos de la mano, hermanados por el sufrimiento—crisol en que se purifican las almas—atravesemos el desierto de la vida, consolándonos mutuamente a través de nuestro querido «Mundo Argentino».

Incipiens.

PARA LOS NIÑOS

HAZAÑAS DEL DETECTIVE CHUFASECA



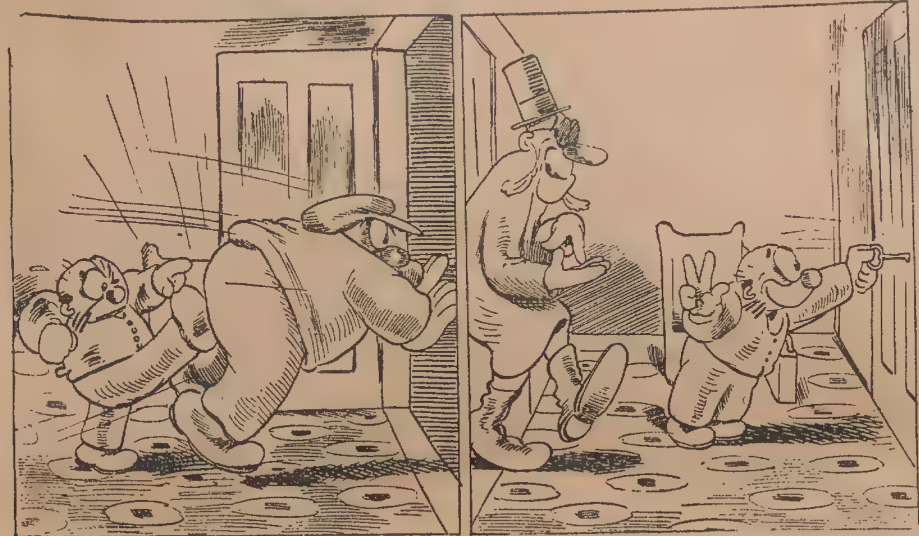
Hallándose Tragavientos solo en su casita, pues Chufaseca había salido a solucionar un asunto, se le presenta Ombú-Curá y le dice:

—¡Quiero, sin más trámite, el famoso diamante!

Tragavientos, en caso tan apurado puso cara tristona y, amablemente, le dijo:

—En esa habitación, señor.

Y no bien hubo entrado e otario, Tragavientos lo encerró con doble vuelta de llave.

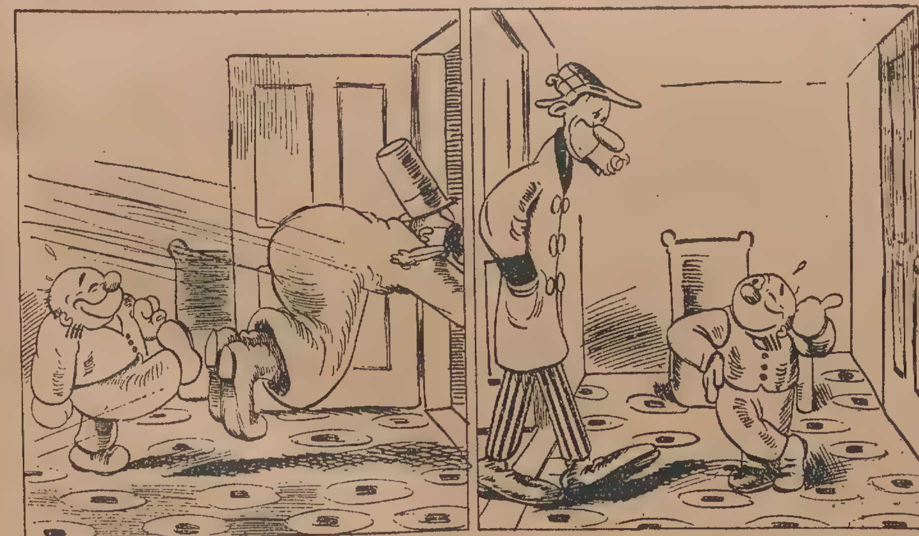


Luego se presentó otro cómplice, y como hiciera la misma intimación, Tragavientos añadió a la amabilidad una que otra muestra de confianza. El cómplice fué a reunirse con su jefe.

Casi idéntica escena sucedió cuando entró un segundo cómplice con las mismas intenciones.

—¡Deme el diamante!...

—Muy bien; pase no más al cuarto.



Esta vez las pruebas de confianza y amistad fueron propinadas con una efusión que aumentó en intensidad, desde los puños a la punta de los pies.

Cuando vino Chufaseca, Tragavientos no cabía en sí de gozo.

—¿Qué ha hecho durante mi ausencia?

—Casi nada—replicó el coronel—he apresado a Ombú-Curá y sus dos cómplices.

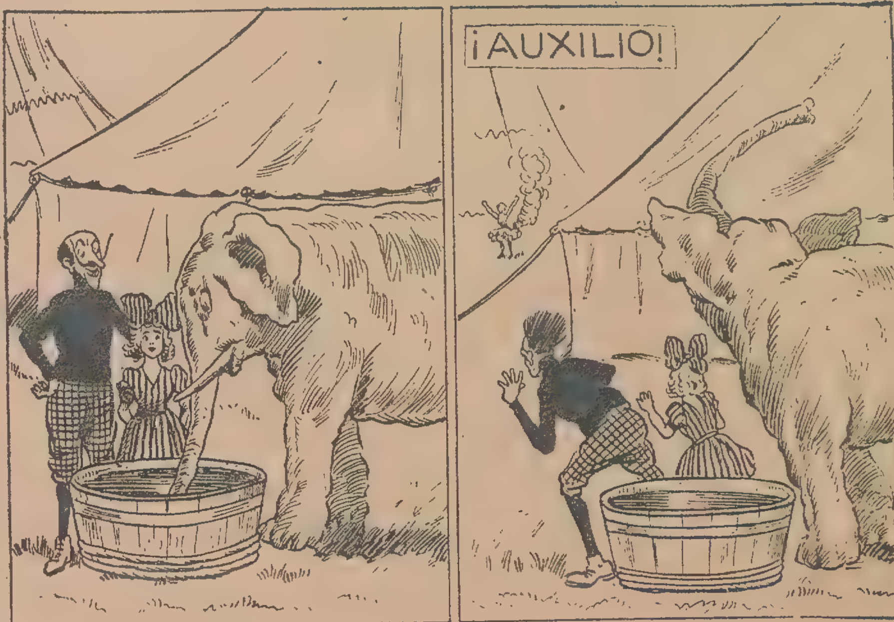


Pero cuando entraron a la habitación, todo el orgullo y la alegría se desvaneció en el aire como las promesas de un candidato a diputado. Allí no había más que un montón de ropa y botines. Los presos se habían escurrido.

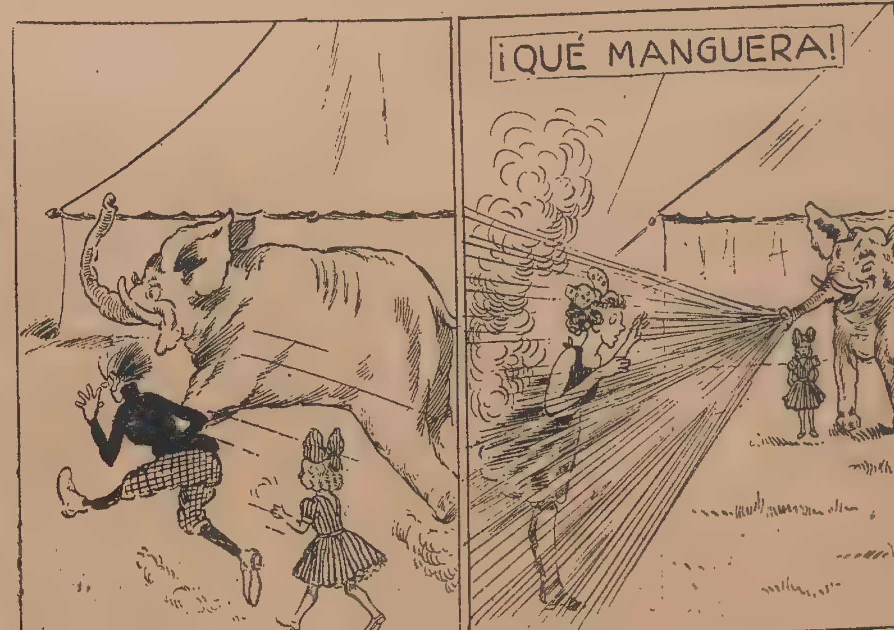
Entonces Chufaseca, como siempre, explicó el misterio:

—Yo he sido a la vez Ombú-Curá, el cómplice número 1 y el cómplice número 2. Y ahora, una advertencia: Otra vez no pegue tan fuerte, ¿sabe? que no soy de fierro.

AVENTURAS DEL FAMOSO MANO SANTA









SUICIDIO

Existe la creencia de que la vida es un beneficio por el cual debemos dar diariamente las gracias al Creador.

¿De dónde nace esta creencia?

De que todo el mundo así lo repite; de que emana de todas las religiones, desciende de todas las tribunas, está inscripta al frente de todas las instituciones. Es efecto de la publicidad bien dirigida que enaltece un artículo anunciándolo pomposa y llamativamente.

Usando de los mismos procedimientos de publicidad, podría muy bien imponerse la idea inversa, es decir: que la vida es una calamidad, explotando esta idea en provecho de esas mil y variadas doctrinas que tan maravillosamente se exhiben ante la humanidad, lanzándose a cada paso desde sus trampolines en pasmosos saltos mortales.

En realidad, la vida no es ni un bien, ni un mal. Es un hecho, o mejor dicho, «es el hecho».

Pero esta concepción científica es muy fría para nuestras imaginaciones, y jamás será del gusto de las mayorías, las cuales se dirigirán siempre con mayor docilidad o hacia los que la bendicen o hacia los que la menosprecian.

Hay, sin embargo, una moderna teoría familiar que, colocándose en medio de estas dos ficciones, da razón a una y otra con la parsimoniosa y discreta tolerancia que caracteriza nuestro moderno pensamiento, siempre respetuoso de las cosas templadas y propicias a las buenas digestiones y los sueños tranquilos.

La locura, o simplemente el cansancio, el arranque inopinado, nervioso, o la fatiga de seguir viviendo, conocidos ya y gustados, los más interesantes capítulos del libro de la existencia, son hoy móviles únicos, y hasta considerados como racionales y legítimos, con respecto al suicidio.

Hace pocos meses fueron encontrados en los boscajosos sitios que rodean nuestra costa, más allá de Palermo, un joven y una niña que parecían dormir.

Estaban tendidos sobre el césped en actitud natural, y rodeados de flores frescas y perfumantes.

La muchacha, que apenas acababa de salir de la infancia, vestía de una manera aunque sencilla, elegante.

Naturalmente, se levantó un sumario, del cual resultó que los suicidas eran hijos de italianos, él vagamente dado a las letras en su acepción vulgar, aunque dependiente de farmacia.

Cuando pregunté a un repórter que decía conocerlo, qué clase de joven era, me contestó:

—¡Un muchacho muy bueno, muy inteligente! ¡Una gran pierna para el football!

En cuanto a la pobrecita chica, no se sabía nada de ella.

¿Era su mujer?

¿Se habían casado secretamente contra la voluntad de sus padres?

El footballman boticario ¿la había robado?

Se corrió que el joven había ofrecido en esos días a una revista un artículo sobre las propiedades lentamente tóxicas para el organismo humano de los polvos insecticidas, usados abusivamente, habiéndole sido rechazado este trabajo so pretexto de que los propagandistas de los tales polvos pagaban principescamente sus avisos, y no era cosa de indisponerse con los corredores o fabricantes del artículo, por dar el gusto a un pildorista cualquiera.

Este rechazo, decían los psicólogos, era tal vez la causa principal de la tremenda determinación tomada por la sentimental pareja.

Lo que sí es cierto (pues fué comprobado), es que desde algunas semanas antes la joven pareja habitaba una casa amueblada situada en un barrio poco concurrido.

No recibían cartas ni visitas; no hablaban con nadie y se paseaban todo el día, en los últimos tiempos, tomados de la mano, y al parecer diciéndose tonterías o recitando versos, que es lo mismo.

A la muchacha se la vió muchas veces con lágrimas en los ojos sin que nadie pudiera asegurar que padecía de la vista.

Además tocaba el piano.

Ese piano callón y desafinado, recibió tal vez sus últimas confidencias, pudiendo asegurar que, aunque vulgar, y falso en el acorde, el pobre instrumento no cometió jamás la traición de revelarlas a nadie.

Fácilmente se adivina que ella no quería morir.

Esa alma infantil e inocente, ebria de vida, debió temblar al borde de ese gran abismo negro hacia el que una vanidad enfermiza e irritada pretendía arrastrarla. Pero ella idolatraba tal vez a ese sombrío náufrago del éxito, que habiéndose hecho cargo de su vida, no tenía otra cosa que ofrecerle que la muerte.

La justicia se pronunció de acuerdo con los extremos del sumario policial en el sentido de que esos desgraciados se habían dado la muerte en un acceso de locura.

Es una salida como cualquier otra, pero que no explica lo suficiente este raro movimiento del alma, que en un momento dado domina la mente del ser humano, como queriéndose libertar ella misma de la cárcel material que la encierra. Hace pocos días he visto un dictamen idéntico al citado a propósito de otra pobre criatura que, envenenándose dice adiós a una vida de diez y seis abriles.

«Muero—decía en una carta—porque estoy cansada de la vida. Además, tengo mis razones...»

Indudablemente, había un desorden en ese cerebro de tres lustros; pero ese desorden se explica.

¡Oh! se explica demasiado, y he ahí adonde debería dirigirse el escalpelo científico de los sabios moralistas, de los legistas sociólogos, que no tan solamente debieran contraerse a estudiar las causas mórbidas de los males que aquejan fisiológicamente a la humanidad, sino también, aquellas que se incuban y germinan desde el nebuloso y recóndito caos del espíritu.

Desde luego, si debemos creer en un pasaje de una de las desaliñadas y románticas cartas que dejó escritas la pobre Luisa, era una muchacha nacida del acaso.

La persona a quien llamaba madre no lo era tal, de manera que en realidad, no tenía familia.

Tal vez corría por sus venas sangre de gente acomodada y con los instintos hereditarios de la holgazanería elegante, se encontró, por efecto de su desdichada condición, condenada a la vida laboriosa y humilde de sirvienta.

Trabajar desde las seis de la mañana hasta las diez u once de la noche, diez y ocho horas en las veinticuatro del día, a los diez y seis años de edad, es cosa verdaderamente penosa.

Por otra parte, parece que sus patrones no estaban satisfechos de sus servicios y la habían despedido la mañana misma del suceso.

Yo no critico esta determinación, pero a pesar de todo, no sé por qué se me oprime el corazón ante esta ironía del destino que aglomera sobre una débil criatura tantas cosas tristes hasta impulsarla a la terrible resolución de desligarse de ellas por medio de la muerte.

No es esto todo. Luisa amaba, o creía amar, sin esperanza, a un hombre que pertenecía a un estado social superior al de ella, y que, además, estaba comprometido con otra mujer.

Antes de morir, ella le escribe una carta en la que le declara su amor informándole de las causas de su muerte, y excusándose de una manera humilde y respetuosa «de la incomodidad que le causaran esas líneas».

Esta carta empieza por un «Estimado señor», pero el amor mete sus codos y se abre paso inmediatamente, y después de algunas líneas maquinalmente balbuceadas, gime las palabras ardientes y profundas del corazón.

En la carta a la que hacía el papel de madre, hay esta frase que parece un grito lanzado desde el fondo del abismo.

«Madre... déjame morir y no me llores... ¡Ah! ¡Seré tan pronto olvidada!»

Podrá ser una debilidad, pero confieso que no puedo transcribir estas palabras sin una profunda emoción.

Los diarios han tratado todo esto con verdadera frialdad de anfiteatro.

No hay que criticar esta actitud, porque al fin y al cabo, el oficio, como todos los oficios, saca callos: Unos salen en las manos, otros en el corazón.

Lo que no puedo dejar pasar sin reflexión es lo siguiente:

Parece que la muchacha era aficionada a las novelitas baratas y aun creo que se le encontró en el bolsillo de su delantal algunos malos versos escritos en un papel basto y manoseado.

Este dato inspiró a nuestros filósofos de los «Ecos», las «Notas» o los «Hechos» la luminosa idea de que la joven suicida era una nueva víctima de «la literatura malsana».

«¡Malsana!» se escribe pronto la palabra. Pero tengan ustedes cuidado, mis queridos colegas, con el abuso del vocablo.

No son ciertamente los autores de «Reliquias de amor», «La cuerda del ahorcado», «El amante de Alicia» o «El vitriolo», los que han inventado la pasión porque se muere.

La palabra esa hiere en pleno pecho a Shakespeare, Schiller, Lope de Vega, Calderón, Byron, Víctor Hugo... a toda la constelación de hombres de genio, de todos los tiempos, y para ser consecuente con su anatema, sería necesario empezar por retirar de mano de los estudiantes el cuarto libro de la «Eneida», pues en él, si lo han leído ustedes, habrán encontrado también una mujer que se mata porque no puede alcanzar el amor del hombre que ella adora.

Todos los grandes que he nombrado y aun nosotros los pequeños, merecemos el nombre de malhechores, toda vez que hayamos creado al lado de lo real un mundo de sentimientos falsos que se conviertan en verdaderos por la imitación, inventando sufrimientos imaginarios que incuban dolores reales, como esos fantasmas de los cuentos chinos que dan a la luz seres vivientes y materiales.

En ese caso, nuestra industria de escritores sería de las más peligrosas, pues, por fas o por nefas, vendríamos a ser, sencillamente, unos vendedores de veneno.

Afortunadamente, el público nos conoce, y no se deja engañar tan inocentemente para andar con uno de nuestros libros en una mano y la pistola en la otra.

Ya ese público está bastante aleccionado para no creer una palabra cuando les hacemos repetir por el eco del bombo que nuestra obra es «palpitante, vívida, concienzudamente observada ¡el gran suceso del año!

La excelente madre de familia que acaba de terminar uno de nuestros cuentos romancescos, o sale de alguna de nuestras representaciones teatrales con una lagrimita en sus pestañas, entra de repente en la realidad, reprendiendo a su sirvienta que se ha quedado dormida, o «peluqueando» a su marido, que ha estado muy mirón hacia cierto palco, durante el acto más patético. Y yo soy el primero en felicitarla por esa vuelta rápida hacia la existencia práctica, para la cual hemos sido hechos todos los humanos. Porque si como ha dicho cierto filósofo, en nostros hay algo del dios y algo de la bestia, puedo asegurar a ustedes que esta última es la dominadora, sin vuelta de hoja. Además es cuestión de edad.

Los que han vivido poco son generalmente los que menos apego tienen a la vida. A cierta altura de ella es cuando surge ese sórdido amor por la existencia, que se incrusta en nosotros a medida que ésta se despoja de todo lo que la hacía amable o tolerante.

Cuanto más debiéramos odiarla más nos abrazamos a ella. Es este un secreto todavía inexplicado.

Si un hombre de cincuenta o sesenta años se quita la vida, deberá haber tenido muy buenas razones para hacerlo, y, por mi parte, ante un caso semejante, siempre me he sentido tentado de decir como Kent ante el cadáver del rey Lear:

—*¡Vex not his ghost!...*

NICOLÁS GRANADA.

LA CIENCIA PARA EL PUEBLO

Grandes y pequeños inventos

¿Cuáles son los grandes inventos? ¿Cuáles los pequeños?

Nosotros los definiríamos así: son grandes inventos aquellos que tienden a un fin beneficoso para la humanidad, aunque se nos presenten con el más humilde aspecto.

Y son pequeños los que aun vestidos con pompa relumbrante tienen por objetivo la destrucción, ya sea física o moral.

Ni el esfuerzo intelectual que costó la invención, ni su deslumbrador aspecto industrial, pueden servir de índice para determinar su importancia.

Pequeña y simple, se nos presenta la pluma que nos sirve para expresar las ideas por medio de la escritura.

Grande, abultado y complejo se nos muestra el moderno buque de guerra.

Dándoos a elegir, ¿qué preferiríais? ¿Ser los inventores de la pluma, que crea o del cañón que mata, sembrando la desolación?

En lo que a nosotros pueda referirse, nunca pondremos al servicio de la moderna fiebre de destrucción, nuestros humildes trabajos.

Otro, bien distinto, deseamos que sea el camino que debamos recorrer.

Es tan amplio el campo de la industria pacífica; hay en el arte tanto que hacer; ofrece la ciencia tan bellas posibilidades al hombre, que realmente no comprendemos cómo existe una alma humana culta que emplee su tiempo en inventar instrumentos fratricidas.

A la felicidad y conservación de la especie humana, tenderemos nosotros siempre en estos modestos artículos.

Ocuparemos hoy la atención del lector para proponerle un sencillo y útil instrumento que tendrá por objeto evitar los contagios transmisibles en la operación de afeitar, al enjabonar repetidamente con la misma brocha a diferentes y numerosas personas.

El sistema de brocha que ofrecemos hoy a nuestros lectores, pertenece al grupo de los objetos inventados en estos últimos tiempos como poderosos factores higiénicos.

¿A qué citar más entre ellos, que la útil y simpática servilleta de papel y el no menos interesante y beneficioso vaso de la misma materia, los que una vez usado, se arrojan para evitar contagios?

La baratura de estos productos ha permitido a algunos gobiernos establecer su uso obligatorio.

La brocha higiénica, que pasamos a describir, esperamos que pronto se halle en el mismo caso.

Tómese un material ligero, papel, algodón, etc., y fórmese un capullo cuya estructura responda a la filamentosa construcción de las actuales brochas de peluquería.

Otra solución quizás más racional, es buscar en nuestros inagotables bosques y extensas praderas, alguna flor, raíz, etc., que junto con la materia prima nos dé además la forma ideal de una brocha modelo ya fabricada.

En este caso su simple esterilización la haría apta para lanzar el producto al comercio.

Agregándose a este pequeño, cuanto útil invento, una a modo de tenacilla-mango para su uso, con la que se tomará en cada caso, una nueva brocha del sistema aquí indicado, la que una vez utilizada se arrojará, siendo sustituída por otra flamante. Y tenéis acabada la descripción de un invento que aunque humilde en apariencia puede ser el guardián de vuestra salud, y a veces de vuestra propia vida.

Higienicemos la vida de nuestro pueblo primero, y después, impulsando vigorosamente nuestra naciente industria, pasemos a ser junto con el carácter de exportadores, de materias primas, también exportadores, de bienestar para otros pueblos, enviándoles nuestra inteligente actividad, en forma de progresista industria manufacturera. ¡¡Trabajemos!!

AIBARÁS.

PROTESTAMOS

En nombre de Dios y de la civilización en nombre de nuestros hijos y de las mujeres dignas de tan augusto título, en nombre de la honestidad, en nombre de todo lo que nos es querido y digno de respeto, protestamos de la relajación de costumbres que degrada a nuestras principales ciudades.

A los trajes deshonestos con que se *desviste* una multitud de seres abyectos que, para vergüenza de su sexo, se ostenta impúdicamente en nuestras calles, se une la descarada exhibición de postales, cuadros y libros capaces de hacer sonrojar a las veteranas en el vicio.

Acabamos de ver en un negocio, situado en un boulevard, entre una de las principales escuelas de niñas de Buenos Aires y uno de nuestros institutos científicos, donde estudia una multitud de jovencitos—a una cuadra de distancia de ambos centros de educación—exhibidos en una gran vidriera, algunos libros que no podemos mencionar sin manchar el papel.

¿Qué hacen la municipalidad y sus inspectores, tan listos para molestar a los industrales honrados? ¿Que no hay leyes y ordenanzas contra la inmoralidad? ¿Por qué no dictan medidas para impedir tan abominables exhibiciones, tanto las de carne y hueso como las no menos sugestivas estampadas en el papel?

¿Qué hacen las damas argentinas? ¿Qué los «padres de la Patria»? ¿Qué hacen los protectores de la niñez? ¿Qué hace el maestro de escuela?

¿Qué hace y qué dice a todo esto la iglesia católica romana que se da el título de maestra de moral de este pueblo?

¿Será posible que no haya medio de poner una valla a tanta impudicia, salvar de la corrupción a nuestros hijos, librar de tan degradantes espectáculos a la gente honesta y dar a los extranjeros que nos visitan una idea más correcta de nuestros gustos?

Protestamos como cristianos, como argentinos, como esposos, padres y hermanos, como simples hombres honestos, como amantes del bien, protestamos de la introducción de modas y artículos tan execrables y levantamos nuestra voz hasta los hombres que están en autoridad, para que pongan remedio a estas cosas que deshonran a un pueblo que nadie tiene el derecho de envilecer.

DANIEL HALL.

CURIOSIDADES

En el país de Gales se acostumbra a pagar a los sacerdotes, por sus sermones, no con dinero sino con artículos de comer.

Se ha descubierto que la hoja del ananá puede producir una tela muy útil.

En Ferghana, distrito del Turkestan ruso, se han descubierto grandes depósitos de radio.

El primer nombre que se le dió a la provincia de Jujuy cuando lo fundó el capitán Francisco de Argañarás y Murguía, fué San Salvador de Velazco.

Una de las cosas que más llaman la atención del visitante en Moscou es que ni cocheros ni carreros usan látigo. Hay una ley que lo prohibe. Esta ley es tan beneficiosa, que los caballos son los mejores del mundo, y están tan acostumbrados a obedecer sin castigo, que no hay otros más dóciles.

Un solo grano de índigo basta a dar color a una tonelada de agua.

Ocho mil islas se encuentran ahora bajo el dominio yanqui. Estas presentan un total de 10.000.000 de habitantes y su comercio dan anualmente al erario norteamericano un total de 60.000.000 de esterlinas.

En Samoa, la ley no permite a los nativos vender sus tierras.

En los Estados Unidos hay por término medio un automóvil por cada cuarenta y ocho personas.

Los cuentos infantiles tienen un origen variadísimo: «Barba Azul» y la «Cenicienta» son franceses, el «Gato con botas» es italiano, «Jack y el tallo de poroto» es alemán, «Jack el matador del gigante» es noruego, «Aladino» y «Simbad» son árabes.

Un elefante adulto puede llevar tres toneladas en el lomo.

La independencia de la República Oriental del Uruguay fué reconocida por España el 26 de marzo de 1848.

En Berlín acaba de crearse un impuesto sobre los placeres, se denomina el Suthar-Kersstener. Este impuesto ha levantado grandes protestas, habiéndose cerrado muchos establecimientos.

El Kaiser no consiente que en sus salones se baile mal, y todas las parejas deben ser consumadas maestras para aventurarse a bailar en la corte alemana.

Una cucharada de vinagre en el agua donde se hierven los huevos, impide que la yema reviente.

La famosa *divette* Gaby Deslys ha ganado en seis meses de viaje por América del norte 300.000 pesos.

En Rusia se usa para la pavimentación, unos ladrillos hechos con polvo de carbón, resina y brea.

Existen tres variedades de perros privados del ladrido: el perro australiano, el perro pastor de Egipto y el «cabeza de león» del Tibet.

Hay insectos que están provistos de verdaderos flotadores pneumáticos, para marchar sobre los estanques.

Un cedro necesita más de una centuria para que su tronco pueda utilizarse como poste telefónico. El eucalipto, alcanza este tamaño en treinta años.

En Australia la cría del canguro constituye una industria muy importante. El cuero es valioso y sus tendones tan finos que muchos cirujanos lo usan para coser heridas y atar huesos rotos, pues son más resistentes que el «catgut».

Los campesinos de California o Arizona, utilizan a los avestruces como animales de tiro.

Los chinos pueden competir con los holandeses en la construcción de canales.

Anualmente se pescan en el mundo, cerca de 125.000.000 de langostas de mar.

Se dice que el azúcar se conocía en China hace tres mil años.

Un tercio de los productos textiles manufacturados en Francia, son elaborados por mujeres.

La Penitenciaría Nacional obtiene anualmente un beneficio líquido que oscila alrededor de 600.000 pesos tan sólo con el ramo de impresiones.

Los Estados Unidos cuentan en la actualidad con dos millones de millas de carretera, construidas.

En Portland (Estados Unidos), acaba de organizarse un cuerpo de policía infantil exactamente igual que el regular de dicha ciudad. Su misión no es detener a los jóvenes delincuentes, sino comunicar sus delitos a los policías de verdad.

La pipa que usa el emperador Guillermo de Alemania es una joya. Es toda de plata, espuma de mar y cerezo de Turquía. Ostenta como adorno una W (inicial de Wilhem, Guillermo), y sobre dicha letra está posado un pájaro. La carga exclusivamente con tabaco habano.

Guillermo II dice que la fórmula que dirige al pueblo alemán es la de las tres K: *Kinder*, es decir, el símbolo de la familia; *Kirche*, conciencia y *Küche*, la cocina, símbolo de la vida material que sostiene el alma y la inteligencia.

Según Binard los niños criados con biberón sucumben en razón de 300 por mil y en épocas de calor hasta 600.
En 1911 Budin vió morir en su clínica de Paris 250 niños criados con biberón.

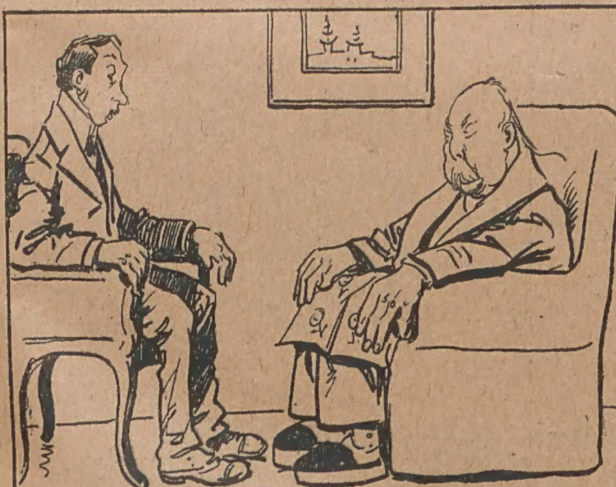
Rubens había pintado varios retratos de mucho mérito antes de cumplir diez y seis años.

A principios del siglo XIX, la producción de aceite en España alcanzó a 700.000 hectólitros; hoy día, esta producción pasa de hectólitros 3.000.000. Se calcula en 115.000.000 el número de olivos en cultivo.
Es en las provincias de Andalucía, Cataluña y Aragón donde los cultivadores sacan el mayor producto.

El minimum de la mortalidad pertenece a Noruega y Suecia, el máximum a Baviera y Sajonia.

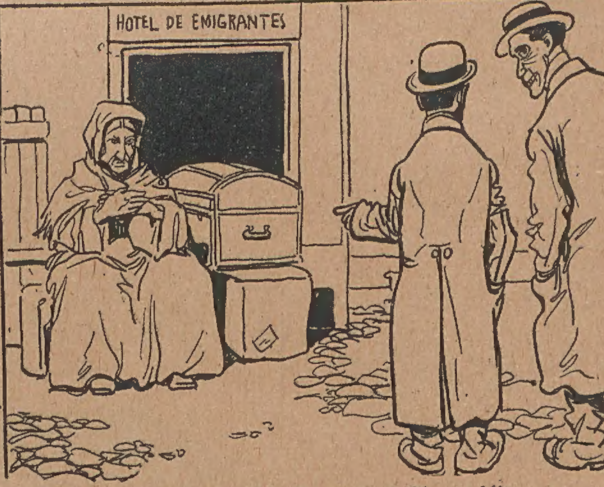
LA SEMANA CÓMICA, por Rojas

PREPARANDO EL MENSAJE



—¿Es largo el mensaje, don Victorino?
—Más ha sido la paciencia que he tenido para reunir datos que las dimensiones. Usted sabe que yo tengo mucha paciencia.
—Como todos los chinos.

LA INMIGRANTA INCOMPRENSIBLE



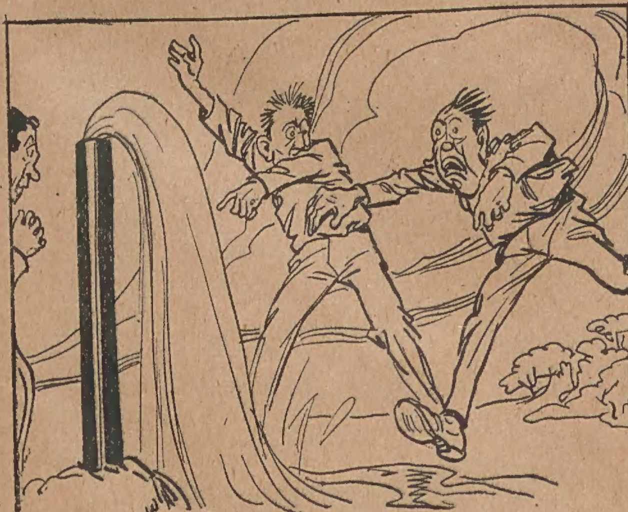
—Aquella mujer que está allí sentada habla un idioma que no lo entiende nadie. Es un secreto profundizar lo que piensa. No hay otra cosa igual.
—Don Hipólito Irigoyen.

LAS INTERPELACIONES



—Malo ha sido el aguacero que ha caído.
—Pero se presenta otro más malo todavía.

EL ORADOR SEMISURGENTE



—¡Cortá el chorro, che! ¡Cortá!
—No podemos; debe haber dentro un discurso de Oyhanarte!

COSAS DEL FRIO



—En junio se va a celebrar en la Haya el "Congreso del Frío".
—Hay noticias que lo dejan a uno helado.

COSAS DEL C. N. DE EDUCACION



—¿Cuál será el sátiro?
—El "Moreno".

LA SEMANA TEATRAL



TEATRO NUEVO
Señorita Pagano, señor Rosich y señores Ramírez y Cordido en una escena del drama "La Carcoma" del señor Alberto Weisbach

Franz y Fritz.—En el Nacional Corrientes nos dió a conocer la compañía del señor Pablo Podestá ésta obra, especie de refundición, arreglo o cosa por el estilo, de *La reliquia*, la hermosa y célebre novela del escritor lusitano Eça de Queiroz.

No sabemos a ciencia cierta quién es el padre de la criatura, o sea de la adaptación. Ni vale la pena saberlo. Ni nos interesa, a pesar de que el dislocamiento escénico y la aplastante vulgaridad con que se ha procedido a desfigurar una obra de arte digna de los mayores respetos, es como para alarmarse y pensar. Pensar, no precisamente en quién pueda haber sido el autor del mencionado esperpento, porque desahogados se encuentran al doblar cada esquina una docena, sino en cómo algunas empresas se preparan el camino de su propia ruina, intensificando el descrédito que pesa sobre el desventurado teatro nacional...

No hay derecho, señores. Es preciso volver noblemente por los fueros de una fecunda dignidad artística, echando a un lado terquedades perjudiciales e inútiles, que de nada sirven ni a nada conducen, como no sea a poner de manifiesto esa opereta bufa de la vanidad y del despecho, hijos de una mal entendida suficiencia, en virtud de la cual se comete toda clase de torpezas.

Ahora que el señor Pablo Podestá pretende, según se dice, marchar a Europa con la intención de *hacer teatro rioplatense*, convendría que tuviera un momento de sincera reflexión...

El Cristo de la Vega.—Don Venancio Serrano Clavero, distinguido poeta y periodista español que ejerce desde hace algunos años en nuestro ambiente, y que en anteriores tentativas se nos había mostrado como autor dramático muy estimable, dió una nueva muestra de su ingenio con la pieza en un acto y en verso, musicada por el maestro don Rafael Palacios, *El Cristo de la Vega*, que obtuvo excelente éxito en su interpretación por la compañía del Mayo.

El Cristo de la Vega es una adaptación de la famosa leyenda toledana del inmortal Zorrilla, y los cuatro cuadros de que consta son sobrios, coloridos, y están desarrollados con plausible habilidad. El verso, bien que decayendo a ratos, fluye resonante y fácil en las tiradas románticas, de jugosa vena castellana, y se mantiene al través de la mayor parte de la obra con el interés y la armonía que adornan a la leyenda original.

«Adaptar a la escena una obra literaria de otro género—se ha dicho— por mas famosa que ella sea, es una tarea que siempre está llena de escollos y cuyo éxito resulta siempre problemático. Ello hace más meritoria la labor realizada por el señor Serrano Clavero, quien ha demostrado una vez más sus condiciones de excelente comediógrafo. Tanto por la época como por el ambiente en que se desarrolla el poema, su lenguaje en el teatro no podía ser otro que el de un castellano clásico; sin embargo, no hay en la nueva obra palabras rebuscadas, ni términos anticuados; pero sí versos sonoros y vibrantes». Así es, efectivamente. El señor Serrano Clavero, ha llevado esta vez con *El Cristo de la Vega*, un soplo de sana honestidad artística al vicioso y asfixiante escenario del género chico, donde la frase grosera, la chistografía sicalíptica y la vácua aparatosidad de lo deleznable han hecho presa desde tiempo atrás, convirtiendo los tablados en que antes triunfaba el clásico sainete y la alegre zarzuela española, en vulgares tablados donde triunfa la pantorrilla, el escenógrafo y el sastre.

Merece por ello el autor de *El Cristo de la Vega* elogio más que discreto, aun cuando su nueva obra no sea de las que figuren muchas noches en el cartel.

Al maestro Palacios corresponde buena parte del éxito obtenido, pues ha compuesto con verdadero amor una partitura llena de momentos felices, en la que campea una envidiable inspiración. Se destacan entre sus aplaudidos números el aria de la tiple y el concertante del segundo cuadro.

Sobresalieron especialmente en la interpretación, que fué muy correcta, la señorita Gabina de la Muela, en su papel de Inés de Vargas; y el señor de la Vega, que hizo un juez muy castellano y muy bien caracterizado, comunicando a su corto pero interesante rol toda la eficacia que requería.

Autores e intérpretes fueron muy festejados por el público que llenaba la sala. La compañía Lacasa merece por la presentación de esta obra la más franca enhorabuena.

Dina Faimann.—Se presentó por primera vez ante el público del teatro Olimpo, encarnando la protagonista del drama *La huérfana*, esta actriz que ha obtenido muchos éxitos en los teatros israelitas del extranjero.

La señorita Dina Faimann, domina en modo especial la nota dramática, y se particulariza por una plausible inteligencia y comprensión de los elementos de su arte, que hace que el público la mire con interés y aplauda su labor sin reticencias.

Es, en resumen, una actriz muy simpática y muy interesante, que no desmiente el elogio de que venía precedida.

La Carcoma.—La compañía Pagano-Rico estrenó el drama en tres actos, de don Alberto Weisbach, cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas.

Se trata de una obra de sabor realista, en las que el autor de *Resaca* y *El guaso* ha puesto la expresión de algunas de sus cualidades de dramaturgo y todos sus defectos, agravados por las proporciones de la pieza; impidiendo de ese modo que hubiera una lógica compensación. Los actos son desmesuradamente largos. Por estas y otras razones, ya suficientemente ofrecidas en la crítica diaria, creemos que el señor Weisbach no nos ha dado en *La Carcoma* sino la medida de lo mucho bueno que él podrá hacer cuando se empeñe.

Por lo demás, desde luego, se trata de la tentativa de un autor honesto; y esperamos, no hay para qué decirlo, que pronto se tomará la revancha...

Lo deseamos también.

JOSE DE MATURANA.

A NUESTROS LECTORES

La Administración de esta revista sólo acepta los avisos que considera de buena fe y continuamente rechaza aquellos cuya oferta o cumplimiento para con el público le parecen dudosos.

No obstante, si en algún caso, nuestros lectores se creyeran engañados por un aviso aparecido en MUNDO ARGENTINO, se les ruega que lo comuniquen a esta administración para esclarecer los hechos y suspender de inmediato las publicaciones del aviso, si el engaño se confirmara.

LA ADMINISTRACION.

ESTADISTICA LUGUBRE

Víctimas de los automóviles en la última semana

Ladislao López, herido en la cabeza y en el brazo izquierdo.

Antonio Lusiano, heridas graves en diversas partes del cuerpo.

José Molina, herida grave en la cabeza.

Miguel A. Suárez, herida en la pierna izquierda.

Jerónimo Sánchez, heridas graves en diversas partes del cuerpo.

Angélica Castro Almeyra, herida de importancia en la pierna izquierda.

Margarita T. Killdoff, heridas en diversas partes del cuerpo.

Nicanor Bandiffi, herida de consideración en la cabeza.

Miguel Aicardi, herida en la frente.

Natalio Rodríguez, heridas en diversas partes del cuerpo.

LA PRENSA INGLESA EN EL RIO DE LA PLATA

El primer periódico inglés que se publicó en el Río de la Plata fue «The Southern Cross», que empezó a aparecer en Montevideo poco después de la primera invasión inglesa de 1806.

En Buenos Aires el primer periódico escrito en el mismo idioma fue el célebre «British Packet», fundado en 1826, que suspendió su publicación algunos años después, y reapareció bajo el gobierno de Rozas. Siguió durante 11 años, hasta que cesó de publicarse finalmente en 1849. El «British Packet de Argentine News», cuya colección completa existe en la Biblioteca Nacional, fue el único periódico no oficial que se publicó durante los largos años de la tiranía, y en sus columnas está escrita la historia verdadera de aquel memorable período, y el relato exacto de los acontecimientos de aquel tiempo, especialmente la tramitación y crítica de los tratados celebrados por don Juan Manuel de Rozas.

El «British Packet» es un precioso documento para la historia argentina, desde la época de Rivadavia hasta tres años antes de Caseros.

Pocos años después de su extinción, empezó a publicarse en Buenos Aires el «Standard», que continúa apareciendo actualmente, y que en estos días cumple 53 años de vida.

El «Buenos Aires Herald» es otro periódico inglés de larga y laboriosa vida.

A estas publicaciones, desde el antiguo «Packet» redactadas por hábiles y competentes periodistas, le debemos mucho. Porque han contribuido a hacernos conocer en el extranjero, han seguido de cerca nuestra vida nacional, y han aportado su grano de arena al engrandecimiento de la República.

PAPEL IMPRESO

Batlle y el ejecutivo colegiado, por el doctor Domingo Arena, senador uruguayo. Folleto editado por la Comisión Nacional del Partido Colorado. Montevideo, 1914.

El teatro nacional. Volumen semanal de teatro. Publica en su último número el sainete lírico en un acto, original de don José de Maturana, con música del maestro Antonio de Bassi, titulado **Los ojos negros**.

Editor, Francisco Hostench, Buenos Aires, 1914

Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores, Año II, núm. 4. Montevideo, Abril de 1914.

«Tabaré» revista literaria Uruguaya, Montevideo.

Patogenia política. Estudios de política nacional por don Wenceslao Jaime Molins, Buenos Aires.

Elektra. Tragedia en un acto, por Hugo de Hofmannsthal, traducción del alemán por Eduardo Marquina y Joaquín Pena. Editores: Unión Editorial Hispano Americana; Biblioteca Excelsior, Barcelona, Buenos Aires, 1914.

PERSEVERANCIA EN EL TRABAJO

¿Quienes han ayudado tanto al mundo en su marcha progresiva como los trabajadores, los hombres que han tenido que trabajar por necesidad o por gusto? Todo lo que llamamos progreso, civilización, bienestar y prosperidad, depende de la laboriosidad bien aplicada, desde el cultivo de un tallo de cebada, hasta la construcción de un buque de vapor; desde coser un cuello hasta esculpir una estatua.

Todos lor pensamientos útiles y bellos son también resultado del trabajo, del estudio, de la observación, del exámen, de la elaboración activa. El poema más noble no puede elaborarse, y sus inmortales armonías ser transmitidas al porvenir, sin labor constante y afanosa. Jamás ha sido hecha una grande obra *de carrera*, de golpe. Es resultado de repetidos esfuerzos, y a menudo de muchos fracasos. Una generación principia y otra continúa, cooperando el presente con el pasado. Así fué como el Partenón tuvo principio en una choza de barro, y el «Juicio final» en algunos diseños trazados en la arena. Lo mismo sucede con los individuos de la raza: principian con esfuerzos, que abortan, pero por medio de la perseverancia llegan a resultados de éxito.

SENTIMENTAL Y PRACTICO

Los ojos, dice el hombre sentimental, son las ventanas del alma.

—No me parece—contesta el hombre práctico—porque la higiene recomienda que no se duerma con las ventanas cerradas.

EL DESPERTAR DE LA INDIA

Los periódicos de Inglaterra se están ocupando seriamente del viejo problema de la agitación hindú. Parece que ese colosal imperio está experimentando los sacudimientos que preceden a una revolución, debido a los errores de su administración financiera y de su reciente división política.

Un periodista británico escribe que entre los hindúes existe una gigantesca conspiración, de la cual las autoridades no saben nada pero creen adivinar mucho. Los jóvenes hindúes que viven en Europa y los miembros de las altas clases son vigilados atentamente por el gobierno inglés.

Según el mismo escritor, la causa fundamental del estallido revolucionario hindú, sería la deficientísima organización del imperio, en el orden social, administrativo y político. El gobierno hace diferenciaciones odiosas entre los indígenas de distintas religiones, abandonaa los jóvenes que egresan de las universidades sin preocuparse de darles destinos ni de utilizar sus servicios; agobió al infeliz pueblo hindú con impuestos elevados, tan elevados que pueblos enteros se mueren de hambre... ¡De 1860 a 1900 murieron de hambre en la India... treinta millones de seres!!

Al frente de esas obscuras muchedumbres se hallan los estudiantes; ilustrados, inteligentes, patriotas, sin tener como ganarse la vida, exasperados por el dolor y el hambre de su pueblo...

Esos estudiantes son los que van a libertar la India.

COMPAÑIA LIRICA DEL TEATRO COLON



Lucrecia Bori, soprano



Ettorina Mazzuccheli, primera bailarina



Trina Mion, bailarina



Frascani Nini, mezzo-soprano

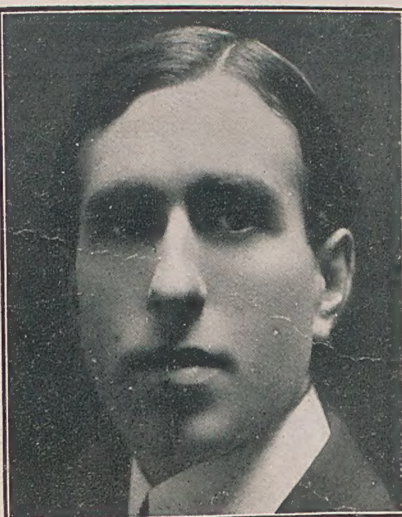


Carlos Galeffi, primer barítono



Lydia Laura, soprano

MUSICOS ARGENTINOS



El maestro Armando Chimenti, notable concertista de piano, que ameniza los entreactos del teatro Nuevo



Giuseppe De Luca, primer barítono

Fot. C. Aymasso y Cia.

Editado por la empresa Haynes, Chacabuco 677 y 685 : : : : :
Tall. Heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266.—Bs. As.